

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Enrique Molina: *José Ingenieros* □
Alberto Adriani: *La crisis política actual y el Estado orgánico* □ Rafael Cabrera Méndez: *Nobrian* □ Alberto Guillén: *Pájaros de humo* □ Raúl Silva Castro: *El hábito de leer* □ Alone: *La libertad* □ González Vera: *La morada de las ánimas* □ Luis Moncada: *Motivos de Juan Cristóbal* □ Antonio Borquez Solar: *Bizarrias de Antaño* □ Hombres, Ideas y Libros: Gabriela Mistral: *Cristianismo con sentido social* □ Luis Alberto Sánchez: *Vicuña Mackenna juzgado en el Perú* □ Eugenio Labarca: *Ingenieros en la intimidad*
ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS: Bernardino Corral: *Bolivia en su Centenario* □ EX-LIBRIS □ Libros recibidos □
Glosario de Revistas: S.: *Panaít Istrati. La fisonomía moral de Dostoyevski* □ P.: *Cómo vivir de la pluma.*

Universidad de Concepción. Chile
Precio: \$ 3.00 ~ Novbre. 30 de 1925

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

NOVIEMBRE 30 DE 1925

NÚM. 9

Enrique Molina.

José Ingenieros



L señor D. Luis W. Gómez, Presidente de la Asociación General de Profesores de Chile.—Me ha hecho usted el honor de pedirme que le envíe un artículo para insertarlo en la publicación que la Asociación General de Profesores de Chile prepara en homenaje a la memoria de José Ingenieros, fallecido hace poco casi repentinamente en Buenos Aires.

¡Qué merecido homenaje y qué noble actitud de la Asociación, digna de toda loa!

Nada correspondería mejor al estado íntimo de mi alma que colaborar en la forma que usted me propone. Sacudidos mis sentimientos por la desgracia que lamentamos tienden a expresarse de alguna manera. Pero mi mala suerte quiere que no me encuentre preparado para escribir un estudio o un artículo sobre Ingenieros y su obra. De modo que la expansión que

usted me ofrece y que le agradezco vivamente daré salida sólo en forma de las líneas de esta carta deshilvanada y sin pretensiones.

Ha quedado mi espíritu abismado ante la muerte del amigo, del pensador, del filósofo, del hombre de ciencia, del luchador y trabajador infatigable.

La muerte es en casos como este guillotina invisible, que hace un tajo irreparable en la fluencia clara de nuestra vida consciente. Nada más natural que la muerte en cuanto fenómeno biológico. Nada más difícil de encontrarle encaje en general como hecho de que la conciencia tenga que darse cuenta, explicarse y aceptar. En este sentido somos de una incomprensión radical y más cuando se arrebatata a la vida un ser en toda la lozanía de sus fuerzas. La muerte nos encoge, nos abrumba, nos aplasta con el golpe de su maza tenebrosa, con la rudeza de su tiranía ciega, implacable, inapelable, desesperante, absoluta. Nos sentimos vivir, pero dejamos de discurrir. La razón se achica y el hado se agiganta. La corriente de sentimientos que el ser que hemos perdido, ser amado o admirado, imantaba con su existencia se ve detenida, cortada bruscamente y esta contrariedad nos ahoga. El pobre corazón vive de un flúido sentimental que lo envuelve y de la luz que las vibraciones de este flúido proyectan en el mundo. La muerte lo deja en el vacío y a oscuras. El pobre corazón pierde su ritmo habitual y en su dolor hay el atisbo de una nueva muerte, de su propia muerte.

El fallecimiento de un hombre como José Ingenieros significa aún mucho más que esto. Ingenieros ha desaparecido en la plenitud de su madurez fecunda y potente después de haber alcanzado a realizar una labor inmensa. Pero ¡cuánto se podía esperar todavía de él!

El desconsuelo es el estado del alma ante la pérdida tan prematura, tan brusca e inesperada de una inteligencia como la de Ingenieros, cumbre orientadora para la cultura hispano-americana.

La limitación de nuestras facultades espirituales no nos per-

mitirá medir prontamente las proyecciones que la extinción del pensador argentino tendrá en nuestro continente y fuera de él, en el alma de su patria y de nuestra raza a través del tiempo.

Y aquí podemos observar un maravilloso viraje. Podemos observar cómo el espíritu, al meditar sobre la muerte de un grande hombre, presto torna su atención en un sentido diametralmente opuesto y se polariza hacia la consideración de alguna forma de inmortalidad. La vida, que es no sólo la antítesis conceptual de la muerte, sino su antítesis militante y combativa, triunfa de ella arrojando al porvenir el torrente de la supervivencia de los hombres creadores en sus obras.

Ingenieros era médico especialista en enfermedades nerviosas y vivía del ejercicio de su profesión. «En la Universidad—dice él mismo en una de sus obras— he cursado simultáneamente dos carreras que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico-naturales y de ciencias médico-biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fuí indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Medicina (1900-1905); pasé naturalmente a la cátedra de Psicología de la facultad de Filosofía y Letras (1908-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como «ciencias psicológicas». Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918 me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos» (Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía, Pág. 10).

Según me parece, desde buen número de años no desempeñaba ningún cargo público.

El tiempo que robaba a sus actividades profesionales lo dedicaba a una labor intelectual científica y filosófica, intensa y de vastas proporciones.

Escribió una cantidad de obras a las cuales debe haber sido conducido por su propia especialización médica, que le ofrecía una sólida preparación básica en la materia. Tales son «Histeria y sugestión», «Psicopatología en el arte», «Simulación de la locura», «Simulación en la lucha por la vida».

De estos estudios pasó a otros de campos afines y escribió «Criminología» y «Principios de Psicología». En concepto del mismo Ingenieros esta era la mejor de sus obras, «la menos mala», como él decía.

Parece que este juicio de autocrítica ha sido bastante acertado. Los «Principios de Psicología» figuran entre los libros de nuestro autor que gozan de más bien cimentada reputación. Visitando hace pocos años la Universidad de Cornell pregunté al profesor de filosofía que me acompañaba cual sería en su opinión el más recomendable de los textos americanos sobre psicología. «Por mi parte, me respondió, prefiero a todos los libros americanos la obra de José Ingenieros». Para apreciar la magnitud de esta alabanza es menester tomar en cuenta que la psicología se cultiva con gran intensidad en los Estados Unidos y que se han publicado excelentes obras sobre esta ciencia.

Pero su asombrosa actividad llevó a Ingenieros a explorar otras esferas que se encontraban más distantes de sus orientaciones profesionales y se adentró en los problemas de la historia de la sociología, de la moral y de la filosofía. En estos terrenos escribió «La Evolución de las ideas argentinas», «Sociología argentina», «El hombre mediocre», «Hacia una moral sin dogmas», «Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía».

Como si esto no fuera bastante, fundó y sostuvo la *Revista de Filosofía*, única en su género publicada hasta ahora en lengua española. Número a número salía un artículo suyo, artículos vibrantes, valientes, batalladores a veces, henchidos de un confiado dinamismo. Fueron notables los que dedicara a la reforma educacional en Rusia, al concepto de Universidad y a la psicología del amor.

Tenía además Ingenieros parte principal en la dirección del periódico *Renovación*, brillante órgano de los elementos juveniles avanzados de la metrópoli argentina.

Fué objeto de no pocas críticas nuestro pensador. ¿Cómo ha-

bría podido librarse de ellas un hombre de actuación tan des-tacada como la suya?

Se le tildaba de superficial. Sus obras revelarían precipitación, falta de estudio y de observación suficiente y de madura reflexión. Tal vez en algunas se nota que se dejó dominar por el acicate de la finalidad reformadora e idealista que reclama una pronta realización y no permite gastar tiempo en detenidas meditaciones. Me parece que en este caso se halla su Criminología.

Se le ha censurado su ardiente propaganda revolucionaria hecha con motivo de la revolución rusa. Nosotros mismos lo criticamos al respecto en una conferencia dada a los estudiantes.

Entre los elementos universitarios oficiales no gozaba de favor Ingenieros como tampoco entre los que hacen alarde de atildamiento, de cultura reposada y serena y que militan en lo que podríamos llamar la *intelectualidad bien*. Es natural que esto haya ocurrido en una época como la nuestra, de filosofía intuicionista que se diluye en contornos y matices vagos y confusos. Y es más natural aún que aquellos señores no pudieran avenirse con un escritor que los llamara continuamente «hipócritas» y que afirmara que las dificultades y confusiones de los sistemas filosóficos no han provenido más que de la hipocresía de los filósofos que se han puesto a hacer piruetas dialécticas y han incurrido en contradicciones para dejar a salvo las creencias vulgares, las «mentiras vitales» de su tiempo. Ingenieros carecía de la solemnidad, de la vaguedad y de la ordinaria falta de claridad de los filósofos profesionales. Como hombre de ciencia era en lo esencial positivista y evolucionista y no ha sido más que una consecuencia lógica que estas actitudes de su espíritu formaran como el sistema arterial de sus escritos filosóficos. Sin embargo no era ni podía ser un positivista comtiano ni un evolucionista spenceriano. Conforme a las más recientes tendencias de nuestros días no negaba la posibilidad de la metafísica como lo hicieran Comte y Spencer y no concebía la filosofía cual simple coronación del edificio de las ciencias. Al contrario. Segregadas las disciplinas que integraran antes casi en su totalidad el cuerpo de la filosofía y constituidas en las

ciencias especiales de la lógica, la psicología, la moral y la estética, la filosofía no tendría otro campo que labrar que el de la metafísica. Así lo afirma nuestro filósofo en uno de sus últimos libros, el intitulado «Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía». Según él, la metafísica no es tampoco ociosa divagación sobre problemas imaginarios. Muy lejos de esto. Los problemas metafísicos nos obsesionan. Comienzan ahí donde se extingue la limitada luz experimental de las ciencias. Desde el denso círculo de sombras que más allá de esa luz nos envuelve saltan las angustiadas interrogaciones sobre el sentido de esta vida, sobre la posible existencia de ultratumba, sobre el origen del mundo. Filosofar es formular hipótesis sobre estas cuestiones inexperienciales, hipótesis que para ser legítimas deben ir tomando en cuenta todos los adelantos de las ciencias.

Las *Proposiciones* de Ingenieros, salvo cierto carácter de escrito de polémica y un si es no es de panfleto que se suele traslucir en sus páginas, forman quizá uno de los pocos libros de verdadera filosofía que se hayan escrito en la América Española.

Pero Ingenieros no pierde jamás su carácter de apóstol del progreso, otro rasgo que no le perdona el diletantismo escéptico; no pierde su fe meliorista, que es tan propia del positivismo reformado de los sociólogos contemporáneos.

Así, termina su obra con las siguientes palabras:

«Permitidme, señores académicos, que me anticipe a la hora temida y exprese mi fe optimista en la incesante perfectibilidad humana. Como hombre, creo que la humanidad futura será mejor que la actual, por la extensión de la Justicia entre las naciones; como argentino, creo que la nacionalidad futura será más grande, por el incremento de la Solidaridad entre sus clases; como profesor, creo que las universidades tendrán un más libre empeño en las investigaciones de la verdad; como padre, creo que nuestros hijos vivirán en un medio social más propicio al florecimiento de la Virtud.

Y a los jóvenes, que son la esperanza de la humanidad, de

las patrias, de la cultura, de los hogares, creo deber decirles la última y más sincera palabra de mi juventud no estéril:

Respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no lo confundáis con el presente ni busquéis en él los ideales del porvenir: no es verdad que *todo tiempo pasado fué mejor*. Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis; más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo. Y no dudéis que otros, después, siempre, mirarán más lejos; para servir a la humanidad, a su patria, a su escuela, a sus hijos, es necesario creer firmemente que *todo tiempo futuro será mejor*.

En estas líneas se acentúan algunos de los rasgos esenciales de la personalidad de Ingenieros: su optimismo y su dinamismo. Recordemos, para completar el esbozo, su amor y devoción a los ideales ibero americanos que lo hicieron, al lado de Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas y José Vasconcelos, enemigo declarado del imperialismo yanqui.

Le manifestaba yo este mismo año mi admiración por todo lo que podía hacer y me dió a conocer la distribución que efectuaba de su tiempo, que implicaba un trabajo abrumador para cualquier hombre. De dos a siete atendía su consulta. Se iba a su casa y, tras un breve reposo después de comida, trabajaba hasta el amanecer. Se entregaba en seguida al sueño hasta medio día. Me alabó la excelencia de las horas de la noche para leer, meditar y escribir. ¡Qué serenas y plácidas eran! Para justificar la enorme tensión a que se sometía agregó: «Es menester trabajar, mi amigo, es menester luchar para mantenerse.» Y este mantenerse envolvía sin duda un doble significado material y espiritual.

Ya hemos visto que algo de criticable hay en la obra de Ingenieros; pero, ¿qué pueden pesar al frente del rico acervo de valores positivos que él representa las críticas de los refinados impotentes y de los descontentadizos abúlicos?

Me pregunta usted cuál cabe que sea la actitud de la juventud o intelectuales chilenos frente a la obra del maestro argentino.

Diensó que no puede ser otra que la de ver en él un exponente superior de idealismo, de actividad, de fecundidad espiritual, de sinceridad y amor a la raza, raros en la América Española, y dignos de eterno recuerdo y veneración.

Alberto Adriani

La crisis política actual y el Estado orgánico

Alberto Adriani, nombre nuevo para los lectores de ATENEA, es un joven escritor venezolano que sigue en Londres sus estudios de Ciencias Sociales y Económicas. Aunque algunas de sus ideas sobre el fascismo y el nacionalismo abren ancho campo a la discusión, el interesante trabajo que publicamos revela un serio conocimiento de la política europea de la hora presente.

Londres, Agosto de 1925.

 A época actual será considerada para la experiencia política tan interesante como lo fué el Renacimiento para la experiencia artística y la Reforma para la experiencia religiosa. Aún cuando nuestros países americanos estuvieron apartados de la Gran Guerra, que precipitó la evolución actual, tienen otros problemas más urgentes y pasan por fases diversas de desarrollo económico y social, no deben mirar con indiferencia acontecimientos, de los cuales saldrá una nueva concepción del Estado, porque los hechos de Europa tendrán su repercusión entre nosotros e influirán en nuestra vida política.

Muchas renovaciones están en marcha. El último siglo de progreso científico, de transformación económica y de gobierno liberal; la Gran Guerra, con su herencia de ruinas, de institutos nuevos y de experiencia, y, por último, la intervención del Oriente

en la vida del mundo, han desencadenado muchas fuerzas y arrojado en medio de las sociedades fermentos de futuro. Es difícil descubrir las direcciones y la meta de influencias tan variadas. Se percibe, sin embargo, en tan disparatada actividad, algún movimiento más considerable que los otros, y, al parecer, capaz de darle fisonomía a la época.

El prodigioso desarrollo de la técnica de las comunicaciones, que ha empuqueñecido el mundo y hecho fácil la circulación de los hombres, de las ideas y de las riquezas; que ha establecido el contacto entre todas las razas y todas las civilizaciones del planeta, y, que, en fin, ha alargado hasta lo posible el ritmo y el radio de la actividad humana, ha acabado ya la unidad económica de la Tierra y está componiendo en otros dominios una sociedad que la comprenderá toda entera, algo así como la «Ciudad de Dios» que se afanó en construir el catolicismo de la Edad Media.

Este hecho parece dominar la época actual. El ideal wilsoniano, el comunismo ruso, las ideas de ciertos visionarios asiáticos, como Gandhi, se proponen construir la unidad del mundo. Y no hay duda de que la unificación progresa con ritmo irregular pero incesante. La universalidad de la ciencia experimental y los fenómenos de interdependencia y de solidaridad, que se manifiestan ya en ciertos campos de la vida social, han provocado la creación de institutos internacionales de coordinación y de centralización, y muchos surgirán en el porvenir, porque uno tras otro los problemas sociales y económicos requerirán soluciones mundiales.

Pero si esa unificación parece un hecho ineluctable, su realización es quizá todavía lejana, porque faltan un plan único de acción y un órgano de autoridad suficiente, capaz de afrontar y resolver los problemas que presenta. La idea wilsoniana, el programa de Lenin, el plan de los asiáticos, se combaten mutuamente, y las fuerzas internacionalizantes, que podrían formar un conjunto imponente, se restan, aisladas y adversas, mucho poder. La Sociedad de las Naciones está en marcha, pero muy lentamente, porque debe luchar a la vez con las resistencias

conservadoras de los Gobiernos y la audacia arrebatada y peligrosa de los internacionalismos extremos. El comunismo ruso tiene un mito en pleno verdor y un equipo de agresivos, pero su técnica es todavía rudimentaria. La religión de la humanidad de Gandhi y de los asiáticos es una fe oscura y más que todo un arma de combate. En estas condiciones, en frente de las consecuencias de una unificación en acto y de la anarquía de las fuerzas internacionalizantes, es necesario que los Estados particulares se apresten a resolver las dificultades y los problemas de la nueva situación.

En las grandes naciones, cuya red de intereses es muy extensa, la solución de los problemas de política económica y social, y aún de los que parecen puramente políticos, está dominada por factores en su mayoría extraños a los Estados mismos y que éstos difícilmente controlan. Los ejemplos concretos huelgan. Para los Gobiernos de los grandes países la actividad esencial es la política exterior. Ahora bien, los parlamentos, en que predominan los intereses de las facciones, compuestos principalmente de demagogos irresponsables e incapaces, en todo caso, muy numerosos, no tienen aptitudes para la política exterior, ni tampoco los Gobiernos partidarios que éstos engendran, expresión de intereses limitados y pasajeros, de duración precaria. El sufragio universal, con el absurdo sistema en que se cuentan los votos en vez de pesarlos, vicia en su origen estas instituciones e impide una selección eficiente. La política exterior fecunda la hicieron en Roma, en Venecia, en Inglaterra las élites reducidas, capaces de larga visión, de voluntad imperiosa, de acción rápida y continua, y es conveniente, en este ramo de la administración, volver a un sistema que corrija los inconvenientes del sufragio universal y que tenga las ventajas de la organización militar y de la concepción romana y católica del Estado.

La unificación del mundo y la nueva importancia asumida por la política exterior son el factor primordial, y podría decirse, externo, de los cambios actuales. Otro factor considerable, que puede llamarse interno, es la transformación de las funciones

del Estado. Hasta comienzos del siglo pasado su misión fué la de dirigir la vida moral y jurídica de los pueblos. Hoy, su papel más importante es el de conducir la vida material. La administración de una nación moderna es un mecanismo complicado, cuyo funcionamiento está sometido a una técnica más o menos objetiva y estable, y cuyo rendimiento depende más del progreso de los procedimientos empleados, que del predominio de alguna clientela electoral o de ciertas ideas políticas. En estos ramos es necesario disminuir los poderes de las asambleas parlamentarias y aumentar la influencia de las comisiones técnicas, sustituir las pujas electorales por las luchas de capacidad. La liquidación de la guerra ha hecho más urgente esta tarea: las ruinas por reparar, la miseria, los peligros de descomposición social, el nuevo equilibrio de fuerzas políticas que se está realizando en el mundo, sobre todo en virtud de la agitación del Oriente, imponen a ciertos Gobiernos una actividad sobrehumana. Son problemas urgentes, que es indispensable resolver sin retardo, que alejan toda veleidad de discusión e imponen una mentalidad guerrera.

En la crisis actual no está en juego la libertad abstracta; panacea universal de los liberales, *arca sanctorum*, tabú, y que fuera de la metafísica es más bien palabra de significado obscuro y de empleo inútil. Ni siquiera plantea ni requiere la eliminación de las libertades concretas, éticas y civiles, que son o deben ser conquistas definitivas de las sociedades humanas. Pero los intereses de una sociedad son infinitamente más considerables que los intereses de los individuos, y cada libertad concreta debe de ser reglada de acuerdo con el interés colectivo. Es imprescindible, pues, sustituir la mística de la libertad individual por la mística de la libertad nacional y de la disciplina colectiva. Esa sustitución la trae el ritmo fatal que hace prevalecer sucesivamente el principio de libertad y el principio de autoridad, la crítica y la acción, la anarquía que preña y la disciplina fecunda, ritmo que corresponde en la historia, ya a la preeminencia de las aspiraciones del espíritu, ya al predominio de las necesidades de la vida material.

Una de las condiciones para aplacar la crisis actual es la transformación del régimen parlamentario, mediante un nuevo sistema de elecciones o una disminución de sus poderes de intervención. La experiencia ha demostrado que en materia de servicios públicos, los consejos de administración, formados por técnicos, son preferibles a las asambleas de políticos locuaces y *dilettanti*. En los organismos técnicos el criterio de elección debe ser la competencia y no la habilidad política. Naturalmente, no se trata de abolir las asambleas políticas, compuestas de hombres necesariamente superficiales pero acostumbrados a ver los problemas en su conjunto y que salvan la estrechez y la falta de sentido de oportunidad que caracterizan a los técnicos especializados.

Los inconvenientes y los remedios del sistema democrático y parlamentario habían sido denunciados, mucho antes de la guerra, por los nacionalistas franceses, alemanes e italianos y por muchos estudiosos. Maurras el rudo teorizante del nacionalismo integral, en polémicas vehementes, había criticado el gobierno democrático y republicano de Francia, expresión de partidos y de intereses limitados, que desintegran las fuerzas nacionales, incapaz de trabajar para el porvenir, de gobernar con eficaz continuidad y de afirmar los intereses generales y permanentes de la nación. Proponía, como remedio, un retorno a la monarquía, a una monarquía *sui generis*, en cierto sentido creación suya, institución basilar de un Estado fuertemente organizado.

Durante y después de la guerra, el gran judío alemán Rhathenau expuso sus críticas sagaces sobre las teorías y las instituciones liberales y socialistas. Partidario de una verdadera democracia, piensa que no es posible realizarla con la concurrencia política del liberalismo ni con la concurrencia social del socialismo, que despedazan y amenguan la sociedad nacional. Más destructivo y menos eficaz todavía el terremoto comunista. El único remedio seguro es el de organizar mejor la sociedad actual, de sustituir la concurrencia por la coordinación. Será así posible aumentar el rendimiento del trabajo, evitar muchos despilfarros de energía, sumar y multiplicar el producto global

de la actividad de la nación. A pesar de su liberalismo ético y de su sentimentalismo humanitario, su Estado orgánico se parece al de los nacionalistas.

Estas ideas se habrían quedado en el dominio teórico todavía muchos años si Lenin no hubiera aparecido en las estepas eslavas derrumbando con diabólica energía la obra del pasado, amasando con la sangre y fundiendo a la llama del dolor una nueva humanidad. El comunismo, con su técnica infantil, habría arruinado las naciones industriales y superpobladas de Occidente. Fué necesario darle batalla. El liberalismo, hoy absolutamente desprestigiado, no habría ganado la victoria, que en todas partes—en Alemania, en Hungría, en Italia—fué la obra del nacionalismo.

En Italia, el fascismo convirtió la obra de los teorizantes en un acto de fe, en un movimiento religioso y guerrero, que es no sólo la reacción contra el comunismo, sino también una respuesta a la insuficiencia y al ingenuo sentimentalismo de la política exterior de Italia, a la deformación escandalosa del parlamentarismo, a las mediocres posibilidades de rendimiento de los gobiernos parlamentarios de coalición en una nación pobre y superpoblada, y, finalmente, al desperdicio de energías de las luchas políticas. Pero no es exclusivamente una reacción. Como todo gran movimiento histórico, el fascismo se ha tornado constructivo al incorporar muchos fermentos fecundos y algunas de las corrientes espirituales más activas de la vida italiana y europea.

Muchos se escandalizan y humillan ante el desenfado con que Mussolini y el fascismo atacan el liberalismo y el socialismo, que malgastan las fuerzas sociales y amenguan las posibilidades de concurrencia de la nación en el mundo. El Estado que ellos anhelan edificar es en ciertos sentidos la antítesis del liberalismo. Es más que un método, es activo, lo anima un ideal ético: la conservación y la expansión de las riquezas morales e intelectuales de cada tradición y de cada patria. En la época de la política mundial, el Estado debe unificar todas las energías nacionales, y por eso el fascismo querría acabar con la concurrencia política e imponer la paz social. Tal régimen no

puede ser tiránico ni conservador porque el interés nacional impone la elevación de las clases inferiores y hará extender, sobre todo en el dominio ético, las conquistas liberales.

Una comisión, presidida por el filósofo y senador Gentile, fué encargada de estudiar las reformas políticas indispensables y acaba de presentar a Mussolini el resultado de sus trabajos. Dichas reformas representan un esfuerzo para crear el estado orgánico y para responder a las necesidades de la sociedad actual. Los poderes del Ejecutivo serán reforzados. Los sindicatos y las cooperativas, que han estado hasta hoy al servicio de los partidos, serán reconocidos, disciplinados y tendrán representación en el parlamento e importantes funciones en la vida económica y social. Con lo cual el fascismo realizará uno de los postulados de los sindicalistas revolucionarios. Con la restauración del Ejecutivo se vuelve al Estado romano y católico. La representación de los intereses, una de las reivindicaciones de los organicistas, y el régimen de las corporaciones, son retornos a la Edad Media, que fué una época de justicia social.

Las reformas serán discutidas y reelaboradas, y es posible que de Italia salga el nuevo régimen. Ya una vez en las orillas del Mediterráneo, los helenos fundieron en una admirable concepción de la vida y en un florecimiento único del arte, de la ciencia y de la filosofía los elementos más diversos de la vida del Oriente. Después Roma hizo la síntesis del derecho y realizó el milagro de convertir la religión exclusivista de Judea en una fe universal. En las riberas del mismo mar, que ha vuelto a ser la vía maestra de las comunicaciones con el Levante, podría celebrarse el connubio del Occidente, febrilmente inquieto y mudable, cuyo individualismo es el producto de un espíritu realista y que posee el sentido de las posibilidades, y del Oriente estático, con su colectivismo autoritario, místico e iluso.

Los pueblos latinos de América tienen necesidad para su formación y en vista de su política exterior, de crear Estados fuertes, y no hay duda de que encontrarán en el nacionalismo una inspiración eficaz. El Estado fuerte no significa gobierno tiráni-

co o arbitrario, que nunca aseguró la continuidad de ningún esfuerzo social ni la concordia, y no justifica a caudillos voraces e indecentes. Al contrario, en América el interés nacional no podrá menos de aconsejar el progreso de nuestra democracia infantil y una política social avanzada y generosa.

Nobrian

SOBRECOGÍALE de pronto la sensación de ser otro hombre, un hombre sin pasado y sin mancha que acabase de nacer y se encontrase una mañana, estupefacto, avizorando esperanzas en la vida infinita, lo mismo que navíos sobre el rumor profundo y vasto del mar.

Pero el asalto de los recuerdos volvía a ponerle sobre el espíritu su carga de angustia y el dolor se arrebuja de nuevo en su corazón. Conducido por el vaivén incesante de sus pensamientos, Nobrian sentía ser ahora él mismo. Nada le desataba realmente de su conciencia, y en ella su hermano y su madre estaban presentes, vivían y hablaban palabras familiares y tranquilas, dichas en la voz baja de la tristeza.

Tirado de bruces sobre su cama, experimentaba entonces la convulsión del llanto, que ya no tenía lágrimas, y su gemido sin voz se sucedía y se prolongaba hasta la fatiga. Luego venían el anonadamiento y el silencio, los solos latidos del corazón, el golpe de la sangre contra las sienas, el sueño lleno de sobresaltos y los implacables naufragios de los ensueños.

Sacudido por uno de estos violentos despertares, Nobrian se incorporó vivamente y fué a mojarse la cabeza en el lavatorio.

Miróse al espejo la cara enjuta y pálida y sostuvo su mirada fija en los propios ojos enrojecidos. A aquel muchacho inmóvil que le miraba, contraído el grave gesto, debió de hacerle serias reconvenciones. Miles de pensamientos se cambiaron en silen-

cio y, por último, sonriéndole con un rictus de dolorosa piedad, le dijo lentamente: ¡Pobre hombre!

* * *

Aquella noche salió de su casa y, hasta el día siguiente, estuvo vagando sin fin, agitado por una incontenible desesperación. Resonaba su paso en las calles desiertas y el ruido llegaba a mortificarle de tal modo, que a ratos caminaba casi en puntillas.

Sin habérselo propuesto, pasó varias veces frente a la Virgen que, cerca de la parroquia de Santa Ana, se alza toda blanca, ceñida con su corona de luces.

Recordó cómo se había detenido allí en otro tiempo, cuando pequeño, junto con su madre, para rezar con ella el Ave María. Entonces, entre los males cotidianos, anidaban en su corazón algunas alegrías ingenuas y muchas esperanzas inocentes y dulces como el celeste resplandor de la Inmaculada.

Ahora sentía su soledad inmensa y a su duelo se unía el recuerdo de todos los padecimientos de su madre, su enfermedad, su trabajo heroico, su abnegación sobrehumana y su piedad que perseveró a través de todas las desventuras.

Más allá se detuvo de nuevo ante el Cristo que se ofrece en una hornacina al costado de la catedral.

Sobre la imagen una débil lámpara arrojaba sus reflejos agonizantes, y de agonía era también la expresión en el rostro del Nazareno.

Contemplándole, todo el pasado y todo el presente de Nobrian vino a agolpársele bajo las sienes, a oprimirle cruelmente la garganta, a romperle los latidos del corazón. Y en un instante aquel cuerpecillo estrangulado por la desdicha entera del mundo, exclamó sollozando:

—¡De qué nos has redimido!

* * *

Por el agua tranquila del río pasan las nubes en grandes re-

baños blancos. Un vaporcillo remonta con lentitud la fila de sus balsas cargadas, hundidas bajo la línea oleante de la superficie. Las aguas bajan mansamente y van lamiendo las verdes orillas hacia la costa. Luego se abren en dos brazos desiguales y al centro dejan alzarse el lomo oscuro de una pequeña isla, donde los árboles levantan sus ramas de infinitos matices verdes.

Sobre la arena de la playa, Nobrian, la cara al cielo, se ha quedado dormido. Sueña.

Cambiantes paisajes, sucesivas escenas le ruedan, suaves, sobre la frente. A la distancia, por un camino desconocido, se acercan los Reyes... Melchor, Gaspar, Baltasar...

Han venido siguiendo una estrella. Aquí es la noche aún; pero en el aire, cruzado por el Angel, se escucha ya la voz inmensa: ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Los montes renacen al conjuro del día. La tierra canta. Triunfa la mañana. ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Desde el refugio de su cuenca escondida, el pájaro vuela a beberse la luz del sol, en el horizonte. El árbol tiembla en su ramaje aterido, y las bestezuelas brincan, alegres. ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Melchor, Gaspar, Baltasar han venido.

El incienso quiere pacificar los corazones. La mirra quiere aromar la vida. El oro quiere exaltar al hombre.

El hombre sacude su cabeza entenebrecida. Se rompe la niebla de su mirada y una claridad alegre y buena le posee el corazón y el espíritu. Han caído los pensamientos pertinaces, la amargura hostil, la inquietud. Queda el dolor, el noble dolor.

Y el hombre está ya a la altura auroral de la mañana y, junto a su obra por comenzar, sonrío.

Sonríe a la vez con sufrimiento y alegría.

El cielo azul es hijo de la tormenta oscura,
y el alba es ave que duerme en el nido
de la noche.

Alberto Guillén

Pájaros de humo

A Eduardo Barrios

179



U cuerpo es mi camino
hacia la muerte.
Yo me muero por beberte
como un vino.

180

Me hundo en ti como una llama
y me consumo.
Pero la llama que te ama
te torna en humo.

181

La llama que muere
se come al madero.

Tu cuerpo se muere
en mi cenicero.

182

Soy un rayo vestido
de hombre
muy bueno.

¿No veis como esconde
mi mano el zumbido
del trueno?

183

¡Soy como una enredadera
sobre el árbol de los cielos!

Quiero alzar mi calavera
como un rascacielos.

149

El alma
no es sonora:
adora
la calma.

150

La luz está encerrada
en el carbón.

La luz está enclaustrada,
en corazón.

151

Con mi canción, como un perro,
yo me iré.

Estrellas en el reguero
dejaré...

152

Yo soy una cruz
que llevan los vientos,
cuando doy mi luz,
mi voz, mis lamentos.

153

Hay quien es de polvo
y hay quien es de piedra.
Por eso echan lodo
en mi calavera
y encuentra mi codo
cerrada la selva,
y buscan el modo
de tornarme en tierra.
Hay quien es de polvo
y quien es de piedra.

154

Fumo
y el humo
me cubre,
de mugre?
Presumo
que es este
el celeste
placer
de fumar,
de soñar,
o de arder.

155

Voy vestido de polvo
como un árbol ya viejo.

Vivo me entierra el polvo
pero el alma es espejo.

En vez de un ala, codo
y en vez de luz entrecejo.

Pero en mi polvo está todo
el universo tan viejo.

156

Estoy hecho de pájaros
y de limo.

Madura en mis costados
algún racimo.

157

Si hasta el polvo está vivo
cómo me moriré?

Y sé que en polvo escribo
y que polvo seré...

163

Poeta:

¿encerrarás tu alma
en la cárcel cerrada
de una moneda?

164

Las rosas
andan por la casa
en busca de las hermosas
manos de brasa.

165

Se llevaron mi espejo
y me queda el reflejo.

Ya no existe el nido
y aún no te olvido.

166

Soy árbol anciano
que segó tu mano.

Siento tu tijera
bajo de la tierra.

167

El huerto sin rosas
es huerto.

¿Aún seré Alberto
Guillén en las fosas?

168

Lloraron campanas,
campanas llorosas:
eran las hermanas
de las rosas.

R. Silva Castro.

El hábito de leer

Il est évident que notre temps n'est pas et ne peut pas être celui des liseurs.
Emilio Faguet.

POCOS libros dentro de su género han merecido tantos honores como «L'art de lire» de Emilio Faguet, a cuyas páginas pertenecen las líneas que nos han servido de epígrafe. Las ediciones de esta obra, en muchos idiomas, se han multiplicado revelando hasta qué punto el tema ha interesado a todo género de públicos. Especialmente los críticos literarios han contribuido a divulgar el valor de la obra de Faguet. Sin sus enseñanzas—nos han dicho y repetido—, sin las normas que Faguet da, la lectura es poco menos que inútil. Los lectores se cuentan por miles de miles. Los lectores conscientes son muchos menos. Los que desprenden de sus lecturas el máximo de posibilidades que ellas encierran, forman una selectísima minoría.

Para Faguet la edad contemporánea no favorece el hábito de la lectura, no sólo, aunque principalmente, por el apresuramiento de su ritmo, por la complejidad de sus ocupaciones, por el carácter poco sedentario que ella tiene. Y sin embargo, he aquí que precisamente algunas de estas características de la vida actual en las grandes aglomeraciones humanas llevan al gusto por la lectura a muchos miles de seres de toda laya. Es cierto que esos lectores no cumplen ni siquiera en parte los

preceptos que Faguet ha dado para desprender de las lecturas el mayor provecho. En ciudades tan grandes como Nueva York, París, Chicago o Buenos Aires es enorme el número de personas que deben hacer a diario largos viajes desde sus habitaciones hasta las fábricas y oficinas en que ganan la vida. Durante estos viajes se lee mucho. En las primeras horas de la mañana la lectura preferida son los diarios de noticias. Comerciantes, oficinistas, obreros, leen con rapidez vertiginosa apenas los títulos y las diez o veinte primeras líneas de las informaciones que esos periódicos contienen. Los *reporters* de esos cotidianos han hecho ya un arte especial de su poder de síntesis que les permite ofrecer, en los títulos y en las primeras frases de una información, todo lo que ella, más adelante, pudiera desarrollar. En el resto del día las lecturas en trenes subterráneos o elevados y en autobuses se caracterizan por un mayor reposo. Entonces se ven en todas las manos «magazines» o pequeñas novelas de publicación semanal y quincenal que en los países a que nos referimos tienen gran boga. Los cultivadores del género de novelas breves y cuentos abundan en los Estados Unidos, en Inglaterra, en la Argentina, etc. Sus obras se pagan a buenos precios y son leídas por cantidades fabulosas de personas. En estas lecturas, obvio es decirlo, hay preferencias señaladas por el sexo, la edad y las profesiones. No sólo se lee lo que hemos indicado: las revistas científicas, los libros de versos, los «magazines» deportivos tienen sectores especiales y determinados para los cuales son manjar cotidiano y gustadísimo.

Ahora bien, estos lectores no cumplen con las condiciones que exige la buena lectura y es de suponer que extraen de la que hacen un provecho bastante exiguo. Sin embargo el gusto de la lectura se mantiene gracias a una circunstancia señalada de la vida moderna y— lo que es más interesante— se refina poco a poco, según consta de diversos testimonios valiosos. Uno de los que conocemos se refiere a los Estados Unidos y está suscrito por el conocido periodista William Wills Davies. Dice éste que en los Estados Unidos el gusto

por la lectura se ha extendido tanto que hay actualmente campo para todos los géneros y los estilos en medio de aquella masa ingente de lectores. No sólo obtienen éxito las novelas de aventuras policiales o deportivas; no sólo la intriga y el misterio atraen al público. Hay núcleos en que los mejores escritores ingleses, novelistas como Galsworthy y Wells, poetas como Kipling, ensayistas como Chesterton, merecen cada día más honda y cuidadosa atención. También algunos escritores nacionales de los Estados Unidos, que sobresalen de la vulgaridad corriente y que han hecho una literatura muy de hoy, muy original y hasta difícil de gustar, ganan terreno en forma bien visible. Entre los viejos cita Davies a Whitman y a Poe y entre los de hoy, a Edgardo Lee Masters.

Dejemos, pues, bien establecido que la aserción de Faguet no se cumple en su totalidad. Es cierto que esos lectores no son los lectores ideales, aquellos que—*in angello cum libello*— se entregan solitarios, en silencio y con recogimiento especial, a la emoción deleitosa de la lectura. Pero no era este precisamente el aspecto que más nos interesaba fijar con estas líneas, sino otro que le está adscrito. ¿Por qué esos seres se sienten arrastrados a leer lo que leen? ¿A qué estímulos, a qué consejos, a qué presiones obedecen? Una encuesta realizada recientemente en los Estados Unidos nos permitirá conocer algunos datos estadísticos de enorme interés al respecto. Se trata de una empresa editorial cuyas publicaciones tienen gran acogida. Hace poco esta firma lanzó una novela cuyo éxito fué singular. Los críticos de los diarios y de las revistas hablaron de ella con elogio; la venta fué grande, y en muy poco tiempo el libro aludido circulaba por todas las manos y era leído no sólo en los salones y en los escritorios sino, principalmente, en los vehículos públicos y más democráticos, como lo son el subterráneo y el ferrocarril elevado. Uno de los jefes de la casa quiso conocer a qué se debía el éxito de la obra y concibió la idea de preguntarlo a los lectores de la misma. Recibió respuestas de más de mil cuatrocientas personas, como se verá a continuación.

Casi la mitad de los consultados respondió que habían emprendido la lectura del libro sólo porque habían oído hablar bien de él a amigos y conocidos. En efecto, 711 personas dijeron que no habían pesado en su ánimo ni las gacetillas de los periódicos ni los carteles callejeros ni las críticas más socorridas, sino la recomendación de sus relaciones. Considérese al respecto que cada lector ve a través de una obra cualquiera una cosa distinta, sobre todo si aquella es de imaginación, como es el caso de esta novela. Este principio es bien sabido que puede aplicarse a toda clase de lecturas, por más claras y transparentes que ellas sean. La sugestión colectiva que se ha ejercido, pues, en este caso para inducir a tanta gente a la lectura de tal libro se basa en la más anárquica interpretación del mismo.

408 personas obedecieron con su lectura a los párrafos elogiosos de los diarios, firmados algunos por críticos y otros enteramente anónimos. Es bien sabido que estos y muchos de los primeros se publican sin mayor discernimiento. En la mayoría de los casos los dicta la amistad hacia el autor y los editores de las publicaciones. En otros aparecen como retribución de los avisos con que las casas editoras o el autor mismo favorecen a diarios y revistas. Esto sucede en Chile con notable frecuencia. En los Estados Unidos estamos seguros de que también ocurre y acaso en mayor escala y en forma más regular y sistemática.

Un número mucho menor de lectores, que sólo alcanzaba a ciento diez personas, declaró que se había interesado por el libro después de haber leído en revistas algunos de sus trozos. El lugar siguiente está ocupado por 86 lectores que conocían ya al autor y sentían por sus producciones un aprecio especial. Su lectura es una de las más conscientes, pues procede de un conocimiento directo de obras escritas por un mismo hombre cuyas características literarias son ya conocidas y estimadas. Los dos últimos tramos los ocupan dos categorías bien distintas de lectores. Ochenta y cuatro confesaron que habían leído la obra primeramente en folletín. Por esa impresión habían sentido

deseos de gustar con más detenimiento de la novela y habían comprado el libro para releerla. Veintitrés, en fin, dijeron que habían adquirido la obra—no han asegurado que la leyeran—porque querían estar al tanto del movimiento literario y hablar de los libros nuevos en los salones y círculos que frecuentaban...

Tenemos, pues, a la vista seis categorías bien diferenciadas de lectores. La más numerosa obedece al consejo de los amigos, a la voz ambiente, a la presión psicológica de las relaciones. Después la estadística nos hace conocer el número de los que hacen caso de los diarios por intermedio de sus opiniones no siempre espontáneas ni desinteresadas. Luego vienen los que conocen fragmentos de la obra y quieren conocerla entera; los que han leído libros anteriores del autor; los que han apreciado el libro en folletín, y al final esa exquisita categoría de los que han leído sólo por parecer bien, por estar informados, por asombrar a sus relaciones con una erudición fácil y liviana. Nos extraña que sean tan pocos los que han confesado este móvil. Seguramente son muchos más los que leen sólo por esa causa tan mundana, tan exterior.

He aquí los resultados de esta encuesta bastante curiosa y que puede servir de guía para las empresas editoriales de todo el mundo. Las bases de una intensa y eficaz propaganda pueden asentarse en lo que revelan estas cifras. Y volviendo a las indicaciones del principio, digamos en fin que no importa por qué se lee ni siquiera si se lee bien. A muchedumbres que tienen que hacer sacrificios por leer, que llenan instante de ocio con la lectura y que seguramente roban algunos minutos al sueño por entregarse a una pasión intelectual de esta naturaleza, no les podemos pedir que cumplan con todas las reglas de este arte, tan sutil y complicado como cualquier otro. Esos hombres hacen seguramente mal al leer en el tranvía, en el subterráneo o en el autobús. Y también hacen mal al seguir los consejos de los amigos al escoger sus lecturas, al tomar sin discernimiento la dirección que indican las gacetillas de los periódicos o al leer sólo por conquistar pequeñas famas de salón. Pero leen, buena

o mala literatura, con pasión, con entusiasmo que salva todas las deficiencias.

William Wills Davies nos dice que ya en esa masa informe comienzan a notarse las diversificaciones y que entre ellas se observan corrientes de progreso. Muchos siguen leyendo a los truculentos folletinistas y a los novelistas de género policial y aventurero. Pero otros, que seguramente aumentan en número de día en día, gustan de Whitman, recurren a Poe, se entregan a Lee Masters.

Y eso basta por el momento.

La Libertad

LN la clase anterior habíamos hablado de la voluntad. Creo que mis alumnas entendieron poco; pero cierto estado de confusión mental no disgusta a las mujeres, sobre todo cuando les permite la ilusión de creer que están pensando; y me pidieron que les explicara cómo se avenía ese concepto mecánico de la facultad de decisión con la existencia del libre albedrío. Les contesté que no se avenía de ninguna manera, porque, a mi juicio, el libre albedrío no existía. Acostumbrada a escandalizarse, la sala no protestó como era de esperarlo en un auditorio católico. Insistieron en que les diera explicaciones.

—Tendría que exponer las causas por qué no creo en el libre arbitrio—repliqué.

No se asustaron.

Y entonces les dije:

—La cuestión del libre albedrío es muy grave, pero aparece todavía más grave de lo que es, porque se hace descansar en ella nada menos que toda la moral. Se cree que, abolida la libertad, desaparecen el bien y el mal, se esfuma la responsabilidad, no hay derecho a recibir premios ni imponer castigos y el Código Penal cae por su base. Yo considero todo eso un error.

Vean Uds.

Las ideas, como los hombres, tienen su nacimiento, su desarrollo, su lucha, su tragedia y su muerte. A veces, también,

hay que agregar que resucitan; pero su segunda vida dura menos. El origen de la idea de libertad «se pierde en la noche de los tiempos». Entiendo que nació con la primera mirada del hombre sobre el mundo. Los salvajes, los niños y los ignorantes la conservan íntegra. Pero no se apresuren Uds. a ofenderse: me refiero a la idea de la libertad universal, la de las aguas, los vientos y todos los fenómenos naturales. El hombre primitivo, que no ha tenido tiempo de observar la continua encadenación de los hechos, toma cada uno aislado y lo considera independiente, es decir, libre. ¿Encuentran Uds. necesario definir en qué consiste la libertad?

Hubo entre las oyentes un completo silencio.

Proseguí:

—No complicaremos la explicación. Daremos por sentado que es libre lo que no depende de una causa o condición, lo que se mueve solo, por decisión espontánea, lo que no encuentra obstáculos anteriores, laterales ni superiores. En fin, Uds. saben.

Ellas asintieron.

—A medida que la cultura avanza, se observa que el viento, el agua, el calor, el frío, la puesta y la salida del sol tienen cierto ritmo, se desarrollan en determinadas condiciones, obedecen a una regularidad oculta. Y surge la idea de «ley». A nosotros nos parece muy simple, porque la recibimos hecha; pero ha tardado miles y millares de años en formarse y todavía no está madura. La idea de ley es la inteligencia del mundo, es el orden del universo cuya visión va penetrando en el cerebro humano lo mismo que la luz en un valle, al amanecer. Hay porciones enormes de la humanidad en las cuales aún no ha amanecido y que adoran al sol y oyen en el viento y en las aguas voces de un dios. Ligada a los afectos y enredada en la fantasía, esa idea de la libertad permanece en los cantos de los poetas y en el corazón de los niños y del pueblo. Las personas que han recibido cierta educación, y aún una educación avanzada, tampoco se desprenden totalmente de ella. No creen en la libertad de las cosas materiales; la sombra se ha retirado a sus ojos a dominios más secretos, está en parajes menos

accesibles. Fué la astronomía la primera ciencia que reveló la regularidad matemática de las leyes universales, la que creó en el cerebro de algunos sabios la noción del determinismo cósmico. Se sospechó vagamente que, como los astros y los planetas, nuestros pensamientos se movían en órbitas fijadas por la atracción y la repulsión. ¡Cuánto tiempo y cuánto estudio fué menester para llegar de esa intuición al conocimiento positivo de la actualidad! Empiecen a contar desde antes de Grecia hasta mediados del siglo XIX, cuando se iniciaron las estadísticas modernas y, con ellas, pudo haber sociología racional. La estadística es una gran determinista. Muestra la regularidad de los fenómenos sociales y hace tocar con el dedo cómo varían, cómo vienen y se van, cómo, en fin, están sometidos, inflexiblemente, a leyes. Tal condición aumenta los matrimonios, tal otra los disminuye, un ligero cambio de temperatura y aparecen estos signos, un aumento de lluvias y desaparecen esos otros. El Director de Estadística, cifras y rayas en mano, ve moverse el conglomerado social, que es sólo una persona grande, lo mismo que un mecanismo de relojería. Y una vez que lo ha visto, su creencia en la libertad del hombre por lo menos vacila.

Ahora si de la sociología pasamos a la biología, es decir, al estudio de esta sociedad de células, de este sistema planetario de átomos que es el cuerpo humano, la misma línea de razonamiento prosigue inflexiblemente. Todo se encadena, todo está condicionado, subordinado, sometido, nada sucede al azar y, si no podemos preverlo todo, es porque no lo conocemos todo, Uds. me perdonarán que no entre en detalles técnicos sobre la influencia del atavismo, de la época, el momento y el medio, sobre cómo tales sentimientos resultan casi necesariamente de tal educación, y si no resultan es porque se opone el clima, y si el clima no vence, es porque está detrás la constitución atávica... ¡Sería un curso interminable y sumamente árido! Les entreabro la puerta para que divisen.

Y voy al fondo. Para mí, el argumento esencial, único y decisivo en contra de la libertad, de la interior y la exterior,

de todas las libertades, del concepto mismo, abstracto, de libertad, no debe buscarse en otra parte que en la ley fundamental de causa y efecto. Es el punto de partida de todos los sistemas. No hay efecto sin causa. Y a su vez, la causa procede de otra causa. Los seres, las cosas y sus relaciones forman una cadena inmensa que viene de lo desconocido y va a lo desconocido, lo mismo que los hombres, hijos de sus padres y cuyos antepasados se remontan y multiplican a medida que se retrocede en el tiempo. Lo mismo. Y así como no se concibe un ser humano que no haya sido engendrado por otros seres humanos, no se concibe un hecho ni un pensamiento, ni una imagen ni una asociación de imágenes que no provengan de elementos anteriores y no tengan padre, madre, abuelos, bisabuelos... En esta malla apretada, en esta tela viva ¿dónde colocar el acto libre? ¿Cuál es el eslabón de la cadena infinita que se sostiene en el vacío sin estar unido a otro eslabón? Todo depende de todo, y el átomo y el sol se corresponden y algo se mueve en la más lejana de las estrellas cuando un niño sueña con un ángel. El acto libre significaría un absurdo en la lógica eterna, una creación dentro de la creación. El hombre que lo ejecutara, se encontraría al cabo de un tiempo con que las consecuencias de su acto habían dado origen a un mundo y él sería una especie de Dios.

Mis alumnas se abanicaban rítmicamente.

Una preguntó con muy buen sentido:

—Si es tan absurda la idea de la libertad ¿cómo se ha mantenido, cómo ha provocado revoluciones, cómo la sostienen todavía hombres eminentes?

—Porque se ha convertido en sentimiento—repuse—, porque no es una idea, sino una creencia, una pasión, un misticismo. Y esto constituye el mejor signo de su irracionalidad. Cuando el hombre adora algo, tengan por seguro de que ese algo no es una verdad de origen filosófico, ni un descubrimiento científico indiscutible. Y miles de hombres han adorado y adoran la libertad, sea la libertad social de los revolucionarios o la libertad interna de las religiones que tienen su sistema de premios y

castigos. Además libertad equivale a ignorancia ¿y quién dijo que la ignorancia había desaparecido? Desplazada del firmamento por la astronomía, de la física y la química por la experimentación, de la sociología por la estadística, la libertad se defiende en el espíritu contra la psicología, porque el espíritu, el pensamiento, el sentimiento, cuanto forma nuestro ser íntimo, es todo lo que existe de más fino, fugaz, imperceptible y cambiante y se necesitan ojos muy agudos para ver dentro del cerebro humano. En realidad, no puede afirmarse perentoriamente que el cerebro esté determinado por leyes (por lo demás, nada puede afirmarse absolutamente, sino esto: que todo es relativo!); pero se presume, se deduce por analogía. El cerebro es como una pieza oscura llena de muebles. Creemos que la podemos cruzar en línea recta. Al hacerse la luz, distinguimos una mesa, un sofá, una silla, y tenemos que forcer en muchas vueltas. El determinismo es la ampolleta eléctrica proyectada sobre la realidad. Esto nos repugna. ¿Cómo no ha de repugnarnos estar sujetos a las leyes como una simple máquina? Pero es así. Y aún en los propios dogmas de la Iglesia, hay algunos que suponen el determinismo. Por ejemplo, la presciencia divina. Es un dogma muy lógico: Dios lo conoce todo, tiene todos los antecedentes de este problema de mecánica que es el mundo, de este teorema matemático. Nada le cuesta sacar la conclusión y saber el porvenir. La presciencia es un dogma enteramente determinista. Nosotros sólo tenemos algunos datos y por eso nuestras previsiones sólo se aproximan al resultado final; nosotros tenemos muchos datos equivocados y por eso nos llevamos tantas sorpresas. Si nos dieran los mismos datos que posee el Creador, probablemente adivinaríamos el fin del mundo. Y esto es lo que procuramos... ¡Esto! Conocerlo, saberlo, entenderlo, poseerlo todo. En el fondo de nuestras más pequeñas ambiciones palpita el deseo de imitar a Dios, de ser nosotros Dios. El hombre primitivo creía realizarlo atribuyéndose la libertad, que es un atributo divino por excelencia; el hombre moderno espera conseguirlo mediante el determinismo que lo une a Dios, que lo convierte en una partícula divina, que lo relaciona con

todas las cosas y todos los seres mediante la gran ley universal. Antes muchos dioses andaban dispersos por la faz de la tierra; ahora todos constituyen un solo Dios compuesto de lo visible y lo invisible. Y ésta es la nueva poesía, opuesta a la poesía de antaño.

Mis oyentes callaban. Algunas, las más, se habían distraído y miraban por la ventana. Pero entre las dos o tres cuyos ojos no se habían desviado, una desplegó los labios para preguntar:

—Señor ¿y la moral?

Yo había recordado la poesía, olvidándome de la pobre moral.

—¿La moral? ¿La moral determinista?

También existe; pero...será para otra clase.

La Morada de las Animas

I

L El viejo de la barba amarillenta, que vivía solitario en un caserón situado en el fondo de la calle, interrumpió un día su acostumbrada visita.

Nadie le habría pronosticado un término trágico. Iba concluyendo sus días como la llama final de una hoguera. Era un niño con barba que no lloraba ni alborotaba. En unos pocos años más se hubiese extinguido sin ruido, y su muerte no habría sido un motivo de remordimiento para ninguno de sus semejantes; pero dos hombres forasteros, durante la última noche que lo vimos, entraron en la pieza donde dormía y golpearon su cabeza con una piedra enorme...

Después abrieron los muebles, hurgaron todos los sitios y robaron lo que pudieron.

Los vecinos sepultaron al difunto.

II

Ese hecho fué como un traslado del infierno al pueblo. Todas las costumbres se rompieron, las almas sufrieron un vuelco y la atmósfera se llenó de pensamientos espeluznantes. Algunos guardaron cama y gustaron en abundancia las empolvadas drogas del boticario. Otros adquirieron excelentes carabinas; no

pocos se convirtieron en devotos; los solterones más recalci-trantes matrimoniáronse de improviso, y los ricachones, después de expresar que en el pueblo nadie tenía segura su existencia, huyeron a no se sabe dónde.

En Alhué la muerte era una abstracción y el asesinato una leyenda extranjera; pero, desde ese momento, el frío de la evidencia infiltró en todos el mismo temblor.

Cada individuo se desdoblaba para sentir la obsesionante voluptuosidad de ver su imagen atravesada por un puñal, yerta, sin deseos, y muda ante el reclamo de sus deudos.

Todo acto que se realizaba era un acto postrero. La propiedad sufrió una inmediata depresión. Si alguien tenía algún empleado, lo primero que hizo fué despedirlo, pretextando una repentina pobreza.

El cura no supo en un comienzo a qué atenerse. Nadie estaba en su cauce habitual y la ola de vesania seguía esparciendo su contagio. Dentro de sus concepciones, que no podían ser muchas, ese fenómeno no podía ser sino un prelude del Juicio Final; pero como no carecía de tranquilidad mental, eliminó escrupulosamente todas las posibilidades contrarias y, cuando quedó solo con su visión del porvenir, abrió su iglesia de sol a sol, y todos sus feligreses se asociaron para una rogativa desesperada.

III

Cuando el pueblo empezaba a convalecer de su desquiciamiento, mi padre fué destinado a otro lugar y partió sin poder llevarnos.

Entonces mi madre arrendó parte del caserón. Esa determinación nos hizo notables por algún tiempo. Era para los demás una prueba de audacia y casi un desafío al destino.

Los videntes nos observaban con visible compasión y declaraban, sin hacerse rogar, que nuestro fin estaba próximo. Al resto de la gente le extrañaba que aun no hubiésemos muerto;

pero como se nos veía vivir, tenían que postergar su involuntaria esperanza para un día cercano, incógnito todavía.

La nueva residencia fué mi amor por largos días. Encontré en ella mil detalles curiosos que se agigantaban a través de mi imaginación. La puerta era casi un tratado de historia; alta, ancha, con las molduras rotas, la base carcomida y el aldabón desfigurado y mohoso; luego, el zaguán sombrío y húmedo; después, el patio cuadrado, luminoso, con sus corredores de ladrillos, sus pilastras desquiciadas y los tinajones oscuros y vacíos para siempre.

El sello antiguo daba a todas las cosas un noble misterio; subía saltando la escalera que se desenvolvía en espiral hasta el segundo piso; desde el balcón de viejo hierro se veían las calles inanimadas, y los campos, verdes, dilatarse hasta el infinito.

También dedicaba muchas horas a recorrer las salas de la casa. Las altas y profundas murallas, decoradas con retratos de hombres ya muertos, me sumían en cavilaciones absurdas y caprichosas. Creía que esos muros conservaban más de algún secreto y buscaba, con febril afán, el botón mágico que haría retroceder la muralla.

Ya me sentía bajando la escala de un tenebroso subterráneo. Qué admirables objetos y qué valiosos bienes debían hallarse en el subsuelo; pero como mis tacteos fueron siempre infructuosos mis esperanzas se durmieron.

IV

El resto del caserón lo habitaba la hija del extinto, su marido y la prole.

Loreto era de escasa estatura, delgada, con la faz plumiza. Tenía carácter uniforme, no gritaba; para rodearse de silencio hacía que sus niños permaneciesen en el fondo de la viña. Su conversación versaba invariablemente sobre asuntos tristes. Cuando caía en el tema de las enfermedades describía con un vigor extraño y sorprendente.

Su marido, que se llamaba Tristán, era un hombrón de figura heroica. Su mirada brillante, su barba rojiza y su gruesa voz, impresionaban a los desconocidos. Cada palabra suya fricciónaba; hablaba para oyentes lejanos, porque su voz salía del cuarto como bala perdida e iba estrellándose por las pilastras del patio.

Andaba el día entero con la escopeta a la espalda. Una que otra vez traía en el morral un par de conejos. En tales circunstancias, a semejanza de los veteranos, contaba prolijamente los incidentes de la caería.

Su mujer cada año tenía un hijo.

V

La casa, aparte de nosotros, estaba habitada por ánimas que se evidenciaban sólo de noche. Yo no conseguí individualizar más que el espíritu del viejo asesinado.

En la niñez, los espíritus errantes son algo así como conocidos que no se dejan ver, pero que mediante ruidos especiales mantienen sus relaciones con los demás.

A veces andan con el mismo paso del pariente fallecido; imitan fielmente el golpe de tos que solía darle en el invierno; se quejan con su mismo quejido o modulan alguna palabra que pronunció a menudo.

El espíritu del viejo asesinado tomaba posesión de la casa apenas caía la sombra. Desde mi cama lo sentía pasar por el corredor, pegado a la pared y cargando más un pie a causa de la cojera que tuvo en vida.

Alguna vez, mientras caminaba, iba dando golpecitos en la muralla. Así manifestaba su buen humor. Después de trajinar un poco, hacía rodar las tinajas en torno del patio procurando tal vez llevarlas a la viña. Quizá si le asaltaba el deseo de vendimiarse; pero ya no dominaba la materia y el sendero del viñedo era largo.

Su incapacidad lo desesperaba. Solía entrar en las piezas y abrir más o menos violentamente los muebles. Sus búsquedas

eran siempre infructuosas, porque se iba al dormitorio que fué suyo con el paso irregular del hombre derrotado.

VI

Las mujeres hablaban de las ánimas sin ninguna emoción. Ni siquiera les temblaba la voz.

Cuando el extinto concentraba sus ruidos en un lugar determinado, buscaban la explicación precisa. Suponían que el finado había querido indicar la existencia de un entierro, en el sitio donde estuvo golpeando la última noche. Y en consecuencia, era indispensable descubrirlo para que a él se le admitiese en el cielo.

Creían, con no poco júbilo, que podía haber una cajuela con onzas de oro. Tal vez Marcó del Pont ocultó ahí su fortuna.... Los viejos sabían por sus padres que Marcó se detuvo en ese pueblo, cuando iba escapando hacia San Antonio. Loreto concentraba toda su esperanza en esa arrebatadora leyenda.

Tristán, además de creer en los entierros, tenía el deseo obsesivo de encontrarse con alguno.

Cuando el día no era propicio para salir al campo con la escopeta a la espalda, practicaba excavaciones pacienzudas en todos los sitios signados por un ruido especial. Barreteaba con la mayor devoción, despreocupándose de los kilos que traspiraba en cada jornada. A veces su chuzo resbalaba y producía un ruido de tonalidad menos concreta.

Entonces corría en busca de su mujer y le anunciaba con voz entre emocionada y temerosa;

—¡Figúrate, Loreto...! Mi chuzo acaba de topar con algo que suena a hueco. ¿Será? No. Sin embargo... ¿por qué no vienes?

Y ambos igualmente anhelantes, se precipitaban al hoyo.

Tristán se escupía las manos y clavaba la barreta con enconado frenesí.

Loreto, impaciente también, iba retirando la tierra con una pala, sin olvidarse de ir mascullando cualquier oración eficaz.

El objeto misterioso era, cuando no un trozo de ladrillo, una tabla podrida, un pedazo de hierro, una piedra...

Apenas constataba el resultado, Loreto tiraba la herramienta y exclamaba con cierta enconada superioridad:

—¡Que hombre más asuntero!

El asuntero se limpiaba el sudor y recapacitaba, más o menos oscuramente, sobre su preocupación favorita... El fracaso no llegaba a deprimirlo. Su lógica le indicaba que la cajuela debía encontrarse más abajo. Si así no fuese ya estaría en sus manos...

Y el chuzo continuaba hiriendo la tierra.

VII

Mientras iba desapareciendo en el hoyo y sus brazos alzaban y hundían la barreta, se dejaba engatuzar por su interesada fantasía.

¡Ah, si diese con el arca! Ya se imaginaba el gustazo que tendría. Compraría las tierras colindantes, sembraría, haría una plantación de árboles frutales, acrecentaría la viña y contrataría varios peones. Después enviaría a Santiago lo que cosechase. Esa sí que sería vida.

Podría entonces hartarse, pasear, imponer su voluntad. Los de su condición no seguirían tratándolo familiarmente. Es seguro que no se atreverían a quitarle el don cuando tuviesen necesidad de mencionarlo.

Sus cavilaciones le inmunizaban contra el cansancio; pero, a pesar suyo, tenía que devolver la tierra al hoyo abierto, apenas entraba la noche.

Sin embargo, no pensaba que el entierro fuese una ficción; creía que los espíritus malignos lo cambiaban de lugar, a fin de postergar la liberación del difunto. Empero, en su interior el fracaso dejaba una gotita de amargura.

Doníase taciturno y tragaba todo el aguardiente que encontraba a su alcance. Y naturalmente, el alcohol lo inducía a

empalagar a su mujer con actitudes heroicas y ademanes terribles.

Su pequeña mujer, que cocinaba, cuidaba las hortalizas y vigilaba a sus chicos, no parecía asustarse. Tranquilamente tomaba un garrote y lo iba descargando, casi con dulzura, contra las espaldas de su hombre. Este se callaba y se marchaba a su cama con aire pensativo...

Luis Moncada

Motivos de “Juan Cristóbal”

PETER SCHULZ

MAS estrellas más altas y más blancas buscaron
la cisterna de su alma, misteriosa cisterna
de agua clara y profunda llena de Dios y de alba,
temblorosa de luz y de armonía eterna.

Se bañaron en su alma, surtidor de canciones,
limpia, clara y humilde vertiente de dulzura.
Y desde entonces giran volcando luz liviana
en la danza confiada de sentirse más pura.

Todo dolor humano cruzó su espalda enferma
amarrando la alianza de su carne y su cruz.
Pero a pesar de todo estaba alegre, dice
Romain Rolland, el lírico vendimiador de luz.

Humus sólo al amor, no supo más que amar.
Sus ojos—maravilla del cielo—fueron dos
caminos que tendieron hacia todo horizonte
el hospedaje de su corazón.

El hospedaje de su corazón
no conoció sus límites.

Campana...

No conoció sus límites. Amor.
Amor. Amor. Campanas alemanas...

Bizarrias de Antaño

AUTOBIOGRAFÍA Y AUTOCRÍTICA

 A historia maravillosa de príncipes guerreros y victoriosos, las de dolientes princesas encantadas en jardines de ensueño, en reinos lejanos o en la mar profunda; leyenda de fantasía o corazón, que nos distrae un momento del ordinario vivir que vivimos, siempre fué grata: melificó el alma y puso una suavidad infinita en el callado pasar de la arena de las horas. Mas también, en verdad, muchas veces el relato de una cualquiera humilde existencia cotidiana, atormentada o alegre, apacible como un lago en el paisaje benigno, o bien inquieta como hoja seca y soliviantada en ráfaga momentánea, nos cautivó con sólo oirla de unos labios temblorosos y verecundos.

El heroísmo, o lo que se ha entendido hasta ahora por tal, no sólo se encuentra en lo admirable del hecho magno, estupendo y sangriento, sino también en la virtud modesta, en el martirio ignorado y en la pupila humedecida por la ternura o el dolor que se recata en la sombra. Día llegará de seguro en que habrá horror por toda sangre derramada y en que una vida labriega que se acabó en beatitud de ignorancia y de olvido se admirará más que otra purpúrea e imperial. Y mucho más que una leyenda romanesca, aventura cierta o imaginaria, pero ajena, mucho más, repito, nos conmueve o nos emociona nuestra propia historia, el recuerdo alegre o ácedo de nuestros actos en

el día de ayer que pasó para no volver jamás en la realidad presente. La propia novela, la historia de cada uno es la más interesante, evidentemente. Cuántas veces no os habrá ocurrido que leyendo a un autor, una sola palabra levantó en vuestro espíritu una bandada voladora y por la virtud magnífica de la evocación os trasladásteis con alma y vida a contemplar el alma y la vida que tuvisteis antaño, y así de este modo, por encima de la atención con que os retenía la aventura libresca, se levantó vuestro interés por la propia ya pasada y, tal vez, lejana, y vuestra emoción fué centuplicada. Ahora, no me engañaréis entonces que el corazón os palpitaba con mayor violencia, que no habiendo podido leer una línea más habéis cerrado el libro, o lo habéis dejado a un lado, y mirando el árbol cercano vuestra vista se ha ido empañando con un velo humedecido, hasta que habéis quedado ciegos para el minuto presente y con una penetrante claridad de visión en el horizonte distante en el que resucitáis vuestra vida que se fué, que se evaporó como la niebla de un lago azul. ¡Oh! maravilloso encanto de revivir, de recordar, de reconstruir, y de resucitar! Y todo yo lo tengo así dentro de mí, como quien dice en un palacio del cual nadie posee la mágica llave, nadie, sino yo.

La irresistible inclinación que sentimos, desde la niñez, por las *Memorias* y las *Confesiones* es, pues, perfectamente explicable. Un *Diario*, un *Epistolario* cualquiera, nos seducen de igual modo, siempre que en sus páginas la sinceridad resplandezca. Apenas iniciada la lectura comprendemos que es nuestro semejante el que nos cuenta su vida, sus pensamientos, es decir, otro hombre como nosotros, hecho de la misma flaca naturaleza y de la misma insegura arcilla frágil. Y así sus errores, sus faltas y sus defectos encontrarán disculpas en el ánimo, y complacencias sus virtudes o sus éxitos.

De aquí por qué se podría afirmar que pocos libros hay en la literatura chilena que puedan competir en amenidad de estilo, en poder de seducción, por la viveza del relato, por la verdad y el colorido, por la intensidad de vida, en suma, como los «*Recuerdos Literarios*» de José Victorino Lastarria o «*Recuerdos*

del Pasado de Vicente Pérez Rosales. No hay pasaje en estos libros que deje de interesarnos, desde el principio al fin; algunos de ellos perduran indefinidamente en la memoria. Así por ejemplo, y tomando al azar, del primero, que tiene atingencia con el famosísimo autor de *«Facundo»*, siempre se tendrá presente la entrevista en aquel tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle Ahumada; luego se contemplará en el rincón de la sala cuadrada la cama pobre y pequeña; en el centro, la mesita con su silleta de paja y sobre el suelo enladrillado, sin estera ni alfombra, los cuadernos del *«Diccionario de la Conversación»* dispuestos ordenadamente como en un anaquel. «El hombre realmente era raro, continúa Lastarria: sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante. Después de hablarnos de su última campaña, de su derrota con el general La Madrid, de su paso por los Andes, donde estuvo a punto de perecer con todos sus compañeros, por una larga y copiosa nevada, que los sitió en la casilla de las Cuevas, nos habló con el talento y la experiencia de un institutor muy pensador, sobre instrucción primaria, porque aquel hombre tan singular era Domingo Faustino Sarmiento, el entonces maestro de escuela y soldado en los campos de batalla contra la tiranía de Rosas, el formidable diarista, al poco tiempo después, el futuro presidente de la República Argentina.»

El recuerdo de esta entrevista fué siempre grato, ¿quién lo duda?, para Lastarria y lo mismo para los lectores en todo momento.

He querido citar este solo caso para justificar mi propósito de hablar de mi tiempo y de mi modesto vivir. Entiendo que no será desagradable para mis contemporáneos el conocer la

historia, tal vez algo interesante, de algunos años del movimiento literario de Chile, referida de una manera bastante íntima y personal. Del mismo modo creo que les llamará un poco la atención el que hable de mis obras, así de las que van publicadas como de las otras que están esperando, hace muchos años, en un cajón de mi cuarto, que se pronuncie en su oscuridad el dichoso fiat lux. Estos relatos en que la autobiografía y la autocrítica se comparten, tienen siempre alguna importancia no tanto en el tiempo mismo en que fueron hechos sino en el que está por venir. Todavía hay que agregar que en obsequio a la verdadera historia de la literatura chilena, que tendrá que hacerse algún día, debo puntualizar la parcela que en ella me corresponde, que por minúscula que sea yo no estoy dispuesto a permitir que se calle, se desconozca o niegue.

* * *

Terminados mis estudios de humanidades en mi ciudad natal, Ancud, vine al Instituto Pedagógico de Santiago, que por primera vez abría sus puertas en 1889. Recibí mi título de Bachiller en Humanidades y Filosofía al año siguiente y el de Profesor de Estado en la Universidad Nacional, en 1892. Mi vocación por los estudios literarios fué decidida y vigorosa. En mi Ancud a los doce años ya publicaba en prosa y en verso, en dos hojas juveniles, «*La Juventud*» y «*El Progreso*», efímeras hojas para las cuales escribía a disgusto de mis padres que deseaban que fuese un buen matemático. Por las matemáticas llegué a tener un horror sagrado, tanto por mi falta de disposiciones como, mayormente, por el rigor excesivo, rayano en la crueldad, de uno de mis profesores. Perdonado le tengo.

En la ciudad de Los Angeles, para cuyo Liceo fuí nombrado profesor de Castellano y Gimnasia, títulos de la Universidad los dos, comienzan a manifestarse mis primeras actividades literarias en 1893, a poco tiempo de haber llegado, cuando aun era un adolescente. Tuve discípulos mayores de edad que yo, de veinte y más años, que siempre me respetaron y estimaron. Verdad que

ya era yo, como en toda la vida posterior, afable y bondadoso con los niños y ejercía sobre ellos, sin quererlo, cierta superioridad que ignoro de donde provenía.

Mientras fuí estudiante en Santiago logré publicar algunos artículos sobre reforma de la enseñanza en «La Libertad Electoral». Uno titulado Instituto Pedagógico fué impugnado en un periodiquillo provincial por un señor Camarón 1892. Hay que fijarse en esto, que no sólo soy el iniciador de una reforma literaria. La primera publicación de versos la hice en Los Angeles en «El Progresista», del cual fuí después director, redactor político y cronista. Todos estos versos habían sido compuestos en el Instituto y aunque eran sencillas imitaciones de Becquer hay en ellas el asomo y la iniciación tímida del alba futura.

Ahora véase cómo mis primeros vacilantes pasos en la lírica fueron causa de tribulación: Unas de las primeras señoras amigas que tuve en Los Angeles, viuda y con una hija hermosa, leyó unas estrofas mías publicadas en un periódico de Concepción. Por desgracia en esos versos hablaba yo de Laura, nombre para mí antojadizo e imaginario. Y como Laura también fuese el de la hija de dicha señora, ésta me significó muy cortésmente que no quería que le inquietaran a su niña; lo que nunca se me había pasado por el magín. De la entrevista que pudo haber terminado bien, salí enfurruñado porque la dichosísima señora no quiso creer que esos versos y otros los tenía yo hechos un año atrás, mucho antes de conocer a su espigado pimpollo. Puede usted también llamar al orden al Petrarca—le agregué al final.

Era en aquel tiempo la ciudad de Los Angeles una pequeña pero bonita ciudad. Sus casas bajas de aspecto humilde las más. Muy contadas eran las de dos pisos. A dos cuadras de la Plaza de Armas, grande y descuidada, empezaba el pobrerío por las vecindades de la estación de ferrocarriles. En esta Plaza, al norte, estaba la Cárcel, y en el mismo lado, la Municipalidad y el liceo en unos edificios viejos, de murallas descascaradas, en el costado sur, la parroquia del cura y el Banco Santiago; al este un gran sitio vacío. La mejor calle era la del comercio,

de tiendas de trapos, mercerías, boticas, que se llamaba Colón, y al fin cerrada con el convento de la Merced. A doscientos metros de la Plaza por el sur estaba la Colonia Humán, un hermoso paseo de muchas cuerdas, de quintas y chacras de colonos alemanes, largamente orillada de árboles. Aquí participé de muchas honestas diversiones, bailes y juegos sencillos y puros con las hijas de los alemanes, rubias y buenas, alegres y hacendosas. Bajo la prolongada alameda de Humán pasé millares de veces en las madrugadas, en los atardeceres, a la luz de la luna, solitario, mascullando versos, rebotante el pecho de un goce íntimo y extraño, lleno de esperanzas ¡ay! de gloria, de fortuna y de honores.

Las angelinas han tenido siempre fama de buenas mozas, y en general lo son. Blancas o morenas, son del más puro tipo español, ojos magníficos y dulces, alegres y benignos, la cabellera opulenta y renegrida; de talle esbelto y formas voluptuosas. Son muy sociables y hospitalarias. Es muy agradable pasar con ellas en las noches del invierno, en las tertulias y *malones* que se suceden con frecuencia. En el Verano, en sus posesiones de campo les agrada mucho ser visitadas y agasajan a sus amigos con la mayor cordialidad. Cómo perduran en mí, con qué intensidad de colorido, aquellos días campesinos, en la época de las trillas o de las vendimias. La última temporada en el fundo de don Pedro Cifuentes, cuando fui tan espléndidamente atendido y festejado por la esposa señora Clorinda Benítez de C. y sus sobrinas, señoritas De la Barra, será la más grata a mi memoria y siempre melancólicamente inefable en mi corazón.

Los angelinos eran en su totalidad agricultores; contadas eran las excepciones. También se dedicaban con ardor a la política. De aquí que los temas eternos de todas sus conversaciones fuesen la engorda y feria de animales, la producción de trigo y vinos y las mil triquiñuelas de las elecciones. Conocí entonces a un caballero, un agricultor singularísimo, a quien jamás oí hablar en todos los cuatro años que le traté, de cosas agrícolas; pero sí perennemente de política. Las sesiones de las Cámaras, publicadas en los diarios, se las aprendía de memoria

y recordaba los discursos que en ellas se pronunciaban, con rara facilidad. Era un eterno hablador y discutidor muy simpático. Alto, macizo, ancho de torax, de bigote rubio, patilla rala del mismo color, casi roja; en el andar desgarbado; hablaba con voz vibrante y ronca que solía aflautarse cuando le faltaba la respiración en las refahilas de sus réplicas, en el Club o en el Hotel de la Melania. Los angelinos lo admiraban como a un prodigio, hasta que lo enviaron de diputado a la Cámara, y aquí, ignoro por qué causas, a las primeras de cambio sus palabras y peroratas cayeron en el vacío y crió fama de loco. ¡Qué gran desencanto deben haber sufrido sus electores que no le renovaron sus poderes después! Y él, patriota, honrado, don Mariano Palacios, que soñaba con hacer la regeneración del país, debe haber experimentado una más triste decepción.

Llegaba yo a los Ángeles a reemplazar a un profesor que se había disgustado con el rector del Liceo. Tal vez este hecho de ir a ocupar el lugar de un nativo de la misma ciudad y el ser un adolescente, fueron causas para que los hombres no me demostraran muchas simpatías en un principio. De modo que puedo decir que iba a ejercitar mis actividades literarias desde los comienzos en un medio completamente refractario o incomprendivo. Me entregué entonces con denodado fervor a la lectura de algunos clásicos españoles.

Por este tiempo, 1893, a raíz de la revolución, parece que el ambiente general de la República no era propicio a las especulaciones artísticas. El desenvolvimiento intelectual pareció detenerse con aquella sangrienta sacudida que experimentara el país, como si después de Concón y La Placilla, y del trágico fin del Presidente Balmaceda, continuara pesando sobre los espíritus una montaña de pesadumbres. Verdad también es que en los años anteriores, 89 y siguientes, yo no tuve noticias de un florecimiento literario. En Santiago se cultivaba la literatura con más o menos constancia y tal cual fulgor, en el Ateneo. Y, sin embargo, vivían don Guillermo Matta, don Eduardo de la Barra, don Pedro Préndez. En 1892 la Universidad de Chile convocó a un certamen para una poesía que loara el

descubrimiento de América. Me presenté a tal concurso con toda la audacia de mis dieciocho años. Y confieso que hubo un momento en que creía que podría ser yo el triunfador: fué cuando oí decir que la poesía designada para el premio era una de larga extensión. La mía lo era; pero más aún la del poeta Préndez, que fué el laureado. A pesar del triunfo tengo para mi que él debe haber pasado muy malos ratos: la crítica clavó en él su colmillo frío y venenoso. La palabra *plagiario* silbó de nuevo en sus oídos con furor viperino. «*Pelletan pasado por papel de estraza*» — le decía un Aristarco feroz, aludiendo a las «*Siluetas de la Historia*» —. «El principio, tan hermoso, de la oda al Descubrimiento de América, es un plagio de la «*Atlántida*» de Olegario Andrade, argentino» — decía otro. Publiqué mi poesía «*Colón*» en 1893 en *El Comercio de Concepción*.

A los seis meses de mi llegada a Los Angeles conocí a un joven agricultor que tuvo sobre mi una influencia decisiva y cariñosa, Pedro A. del Río Plummer. Alto, de barba rubia, ojos claros, de fisonomía franca y expresiva, elegante en el vestir, ilustrado, con diez o más años que yo, por lo menos. Acepté su superioridad y seguí sus consejos. El había estado en Europa y, poseedor de varios idiomas, conocía bien sus literaturas, y de los poetas más famosos me daba a conocer las más hermosas producciones, que las sabía de memoria y que yo escuchaba con mudo arrobamiento como si asistiera maravillado al descubrimiento de tierras desconocidas y encantadoras. Fuimos amigos cordiales. No podía ser de otra manera: con igual acendrada devoción por la Belleza nos encontramos donde nadie la tenía en aquella maleza de la antigua Arauco. Jamás se apartarán de mi memoria aquellos días cristalinos de «*Talpán*», el fundo de Pedro Antonio, a una legua escasa de la ciudad, ni aquellas charlas interminables, llenas por mi parte de mis vehemencias por ser algo en la literatura de mi patria. En el jardín, en el que las rosas y los magnolios floridos perfumaban el ambiente, frente a la cordillera, azul y blanca, altísima y distante, él traducía del inglés

con voz vibrante y tribunicia. Así conocí a Byron, y el «Azul» de Rubén Darío fué para mí una deslumbrante revelación. Guardo todavía con cariño una copia del álbum familiar, que de uno de sus viajes a Valparaíso me trajo mi amigo, copia de una poesía del poeta nicaragüense y que seguramente no ha sido publicada antes de ahora. No cometo una indiscreción al mostrar el tesoro:

TODA LA LIRA

Para escribir en la primera página
de aqueste libro de tan noble dueña,
he visto lo que existe
en el fondo del alma del poeta.

Homero, con la cítara
de resonantes cuerdas
tiene el choque del yelmo y la coraza
y el relincho del potro de pelea.
Tras el ciego de Esmirna
va el brillante escuadrón de la epopeya.

La vieja harpa es augusta.
El airado profeta
en sus cabellos blancos
tiene sacudimientos de melena.
Es el león sagrado
que tiene el rayo bíblico en la lengua,
y que en sus vastas iras
cuando habla ruge, y cuando ruge, truena.

La gran águila lírica
de anchas alas soberbias
vuelan al azul profundo
bajo la blanca luz de las estrellas,

A través de sus alas
se ven astros que tiemblan,
en estremecimientos misteriosos.

Cuando el águila vuela
sienten los inspirados
como un viento de Dios en sus cabezas.
De ahí nacen las odas
vibrantes como un coro de trompetas.

El idilio es paloma.
El idilio es abeja.
Es un ramo de mirto,
arrullo y miel y perfumada esencia.
De ahí nace la dulce estrofa mística,
la estrofa húmeda y bella
que da aroma y delicia
y es como el cáliz de una rosa fresca.

Esto es para una madre.
¿Qué es la madre? Una eterna Primavera.

Para este libro desearía ahora
todo el idilio, toda su terneza.
No oro ni batistas, pórfidos y rasos:
si que los versos fueran
como un cesto de flores;
o que llevaran con fragancias nuevas,
las alas el arrullo y la alegría
de un coro de palomas mensajeras.

¡Hoy en nombre del hijo
ha cantado el poeta!

Ya se nota en esta poesía de Darío el mismo aire nuevo de
«Azul», esta nueva manera que no conocíamos en América y

que hizo levantar las graves orejas académicas; pero que a mi y a otros nos dió un íntimo placer, esta armonía nueva que culminó en «Prosas Profanas» y en «Cantos de Vida y Esperanza».

Otro recuerdo de Pedro A. del Río es un libro en blanco con tapas de cuero y cerradura metálica. En la dedicatoria me dice:

«Cúbranse estas páginas con los frutos de tu ingenio; darás así satisfacción a tu alma, a tus amigos orgulloso placer, y gloria a tu país.—Tolpal, 15 de Marzo de 1894.—P. A. del Río.»

No sé si se habrá cumplido todo el vaticinio que en esas palabras se contiene; pero sí, ciertamente, que las páginas del libro llenas están con mi letra menuda, irregular; en ellas mis ensayos juveniles, algunos de los cuales fueron publicados en *La Ley*, y que al leerlos hoy, nuevamente, he revivido y añorado aquellos días de los más hermosos que haya tenido yo, en paseos, en tertulias, con chiquillas y damas bonitas, con obsequiosos compañeros, con las primeras dulces tristezas del amor naciente.

* * *

El Liceo de Los Angeles, cuando yo llegué a él, llevaba una vida languideciente. Por inquina a su Rector le hacían la guerra no pocos vecinos. Los conservadores sistemáticamente le eran hostiles. La propaganda en contra del establecimiento había tenido por consecuencia que en ese año de 1893 el liceo tuviera apenas una asistencia de 90 alumnos, repartidos en los tres cursos de humanidades. Los nombres de esos mis primeros discípulos, con la edad y la tierra nativa, los releo con gusto en mis apuntes. ¿Por qué milagro no fué clausurado entonces ese liceo? En los años posteriores aumentaron los alumnos. En la repartición de premios de dicho 93 fuí designado para pronunciar el discurso, y este, al releerlo hoy, después de tanto tiempo, me ha dado una piadosa risa con sus largas tiradas académicas, reforcidas y empalagosas, lleno del pesimismo de los «Gritos del Combate» y con fastuosos períodos castelarininos. Fuí muy

aplaudido y felicitado aquel día; pero tengo para mi que no me entendieron mucho los que me escucharon. Además, como contiene algunos lucidos decires que hoy me sorprenden, ellos me hacen dudar de mi paternidad. Quedé entonces contentísimo de los demás y de mi mismo. ¡Adorable ingenuidad adolescente!

Estimulado con este pequeño éxito, con el noble anhelo de ser un elemento de progreso en la sociedad, solicité del Consejo de Instrucción Pública que me permitiera abrir en el liceo, tanto para los alumnos mismos como para todos los que quisiesen acudir a ella, una cátedra gratuita de Derecho Constitucional. Esta asignatura la había seguido en el Instituto Pedagógico, la había estudiado en los tratadistas, en la Biblioteca Nacional, y mis apuntes, compulsas y comentarios sirvieron para hacer más de la mitad de la clase al novel profesor don Domingo Amunátegui S. Estaba, pues, yo bien preparado para enseñar y comentar nuestra Constitución a jóvenes y adultos que no la conocían. Obtenida la licencia, invité a los angelinos para la primera lección del curso. Preparé una pequeña introducción para encarecer la importancia de la educación cívica y el conocimiento de nuestra Carta Fundamental. Llegó el Domingo, el día señalado, y después de mucho esperar tuve un auditorio compuesto del rector del liceo, un profesor y diez alumnos. Leí la introducción que llevaba escrita y en seguida hablé durante una media hora más, con pena y despecho interiores ante este primer fracaso. Aunque no he vuelto a hablar en mi vida de Derecho Constitucional, sigo creyendo que existe en los establecimientos de instrucción secundaria la necesidad ineludible de enseñarlo en una asignatura especial.

* * *

En el año 1894 puedo decir que se verifica mi nacimiento a la pública vida literaria. Pero hay que ir ordenadamente. En Enero de este año comenzaron con ardor los trabajos políticos en Los Angeles, para las elecciones de diputados y senadores. Llegó a hacerse cargo de la propaganda, en la prensa, de los

candidatos radicales, enviado desde Santiago, el joven Marcial Cabrera Guerra. Era de pequeña estatura; pero de complejión recia y maciza. Firme y seguro paso en el andar. Cabeza grande, aunque no desproporcionada. Mirada inquisitiva y entre risueña y dominadora. La nariz acaballada, el bigotito rubio, los labios de pulpa gruesa y el mentón fuerte y como levantado, le daban una singular característica. Palabra fácil y abundosa. El ademán resuelto. Todo en él indicaba el hombre de valer, de talento vigoroso, sin miedo y sin tacha. Destinado a triunfar en la vida, por tantas dotes excelsas, su inquebrantable entereza de carácter y una maldita enfermedad después, le derrumbaron de tumbo en tumbo hasta los abismos de la locura y de la muerte... Pero no precipitemos los acontecimientos.

Cabrera Guerra tenía cuando lo conocí, según él me dijo, veintitrés años; pero representaba más. Formamos, desde luego, una trinidad inseparable con Pedro A. del Río durante los tres meses que el primero estuvo en Los Ángeles. Íbamos por los paseos, por los campos, en largas caminatas a pie o en el faetón que manejaba Pedro Antonio, enfrascados en tópicos literarios, o recitando versos, sobre todo Marcial que tenía una memoria de maravilla y que declamaba admirablemente. Entonces nos reveló a Pedro Antonio González y me dió la primera noticia del Decadentismo. Francés que venía a renovar la literatura y a señalar nuevas orientaciones en el Arte, especialmente en la Poesía. Dijonos versos nuevos de Rubén Darío que había empezado resueltamente en Buenos Aires la cruzada renovadora, y de otros poetas americanos, como Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, etc. Y al mismo tiempo se burlaba donosamente de mis clásicos, de Quintana y Núñez de Arce, de Espronceda, Becquer, Zorrilla y Campoamor.—No, no, señor profesorcito; todos esos estuvieron bien en su tiempo—me decía—. Los poeta nuevos, los poetas modernos deben ser de otro modo.—Y se moría de la risa cuando yo cándidamente le hablaba de mis lecturas de la Biblioteca de Rivadeneira.—Su ambición de hacerse un hombre ilustre en las letras

me gusta; pero no comience por la Academia.—me gritaba.— La Academia es una momia y huele a podrido...» Y su ademán y la energía de sus palabras infiltraban no sé qué convencimiento. Yo pensaba mucho todo aquello, sin asentir por completo a esas que creí siempre huecas blasfemias contra los clásicos, padres en todo tiempo del buen decir y del más noble pensar. El mismo recordando este mi estado de ánimo entonces, dice en el prólogo de mi «Campo Lírico»:

... «Habriáis de reiros si yo os contara que este demoníaco poeta, este gavillador exuberante, era un arcaico y clásico prosista, un sintáxico literario, un hablista de léxico y un exégeta *ad pedem*, en el fondo de un remoto pueblo de provincia, en la lejana región del antiguo Arauco, donde yo lo encontré, hace seis años, todo fatuo en el grotesco pedantismo de un flamante pedagogo, recién construído en los astilleros del Instituto, bajo la anticuada disciplina de los puristas. Reglas, léxico, erudición, fábrica poética, todo en él era fundado sobre los manuales de composición y las hormas del catedrático de Castellano, que se leía los romances y villancicos del siglo XIV en la Biblioteca Rivadeneira y aprendía el index de galicismos en la gramática de Cuervo...»

Contar las verdaderas inquietudes que yo tenía por encontrar pronto una solución al problema que tenía delante de mí, no es posible. El majestuoso y rotundo período castellano a la antigua usanza, comenzó a ser ya no muy de mi agrado y, debo confesarlo también, la poesía de Nuñez de Arce cayó en mi desfavor. En cambio, «El Proscrito», «París y Roma» y otras de González publicadas en «La Vanguardia» de Santiago, semi-diario precursor de «La Ley» famosa, me producían hondo deleite espiritual; había en ellas algo del aliento de Hugo. ¿Estaría por aquí la senda que debería seguir mi espíritu sediento de gloria? ¡Cuán difícil me era contestar el interrogante!

* * *

Sucedió que en medio de aquellas hondas tribulaciones no dichas a nadie, guardadas y sufridas en lo más hondo, llegué

a conocer en Cabrera al orador. El propagandista escritor, serio y doctrinario, en frase corta y bravía, ya lo había aplaudido. Mas he aquí que en una asamblea, alguno pidió que hablara el periodista de Santiago. La cosa era imprevista. Marcial se excusó al principio, porque «así, de repente...» La asamblea toda a grandes voces reforzó la petición singular. El se levantó nervioso, trémulo, apoyó su mano derecha en la mesa cercana y levantando la mano izquierda en actitud de imponer silencio:— «Pues, quieren que hable? De cierto que el arrepentimiento ha de ser para ustedes, y para mí la satisfacción de decir la verdad...» Y entre la admiración de las gentes las enrostró con rudeza su falta de entusiasmo en la campaña liberal, y no recuerdo qué más, Pero qué actitud de tribuno, qué voz poderosa, qué acción, como si hubiera querido irse encima del enemigo a quien apostrofaba con frases vibrantes y sonoras como una tralla. Al fin, fué el caso que se conquistó una ovación formidable, de tal modo que cuando otro señor quiso perorar, el público entusiasmado no lo permitió con sus vivas a Cabrera Guerra y a los candidatos a diputados, don Beltrán Mathieu y don Erasmo Vásquez. El alcalde radical le ofreció esa noche una cena en el Club. Al día siguiente en la mañana no se hablaba de otra cosa sino de este triunfo de Marcial. Era un día Domingo me acuerdo. Le presenté a aquella linda dama, quién naturalmente, lo cumplimentó por su éxito. Cuando después de tres meses se volvió a Santiago y me envió desde aquí una poesía para que fuese publicada en «El Progresista», me admiré de dos cosas; de que también fuese poeta y del enigma que descubrí. Recuerdo la primera y la última estrofas:

EL BOUQUET

Como un adiós que no pudimos darnos
 ella me envió el bouquet de pensamientos
 que al llegar a mis manos aún traía
 el calor de su seno.

Continúa el poeta diciendo que guardará el ramillete en su joyelero en prueba de un amor que será eterno, y al depositarle, de rodillas, termina:

¡Oh santo cofrecillo, tú eres el ara
ante la cual turbado me prosterno,
porque en tu fondo bulle toda entera
mi vida hecha recuerdos.

* * *

El día que él partiera de Los Angeles, no recuerdo por qué estaba yo ausente de la ciudad. Cuando volví me encontré con este papel que guardo amarillento, de tantos años, escrito de su puño y letra, y en francés:

Mr.....

Cher confrère:

Je pars à cette heure avec l'immense chagrin de ne pouvoir serrer ton main pour la dernière fois.

Que vous soyez heureux et que toujours vous maintient loyalement c'est que je souhaite.

Tout à vous,

M CABRERA GUERRA.

Le 6/ Abril /94.

Hombres, ideas y libros

Cristianismo con sentido social

Los documentos que a continuación reproducimos no constituyen propiamente una polémica. Gabriela Mistral, Alfredo L. Palacios, Romain Rolland y José Vasconcelos son los expositores de interesantes ideas acerca del problema religioso, especialmente en sus relaciones con la realidad actual americana y del mundo entero. En un plano más alto del espíritu estas ideas se complementan y armonizan. Todos los escritores nombrados, en efecto, reconocen en la religión una gran fuerza, un severo y singular dominio.

Es tal la actualidad de este asunto, tiene tantas y tan poderosas vinculaciones con muchos otros que a su vez también presentan contornos de problemas, que no hemos podido resistir al deseo de ofrecer íntegramente a nuestros lectores estos artículos y cartas, publicados primitivamente en diversos periódicos extranjeros.

UN aspecto doloroso de la América Latina en este momento es el divorcio absoluto que se está haciendo entre las masas populares y la religión, mejor dicho entre democracia y cristianismo. Como la pauta de las reformas más agudas la ha dado la dictadura rusa aterradoramente, los discípulos de la estepa consideran parte de sus programas no ya la a-religiosidad, sino la impiedad franca, solidaria de esta vergüenza rusa; en la Navidad del año pasado, recorrió las calles de Petrogrado

una procesión grotesca, en la que los fundadores de las religiones, Cristo entre ellos, iban personificados con mamarrachos.

Sabido es que el pueblo ruso era, hasta hace poco, uno de los más creyentes de la tierra. Sus jefes, al realizar el cambio de las instituciones, no debieron descuajar en él groseramente el sentido religioso de la vida, sino hacer en él una especie de depuración espiritual, limpiando el culto de superstición, elevando el cristianismo del mujik.

Pero esos jefes, en el aspecto político, han hecho dar a su raza el salto mortal sobre el abismo, cambiando el czarismo brutal, por la dictadura bolchevique, brutal también. La raza sin matices que es la eslava, dió también el salto trágico del misticismo más agudo a la impiedad más cínica. El contagio viene, pues, de la estepa; y como la nuestra también es una raza sin matices—eso que da la cultura exquisita—el caso se reproduce con semejanza muy próxima.

CONSERVANTISMO Y JACOBINISMO

Es grato leer en el libro de un pedagogo norteamericano de tantos quilates como el Rector de la Universidad de Columbia, un elogio de la religión como parte integrante de la educación y también como elemento propicio para la solidez de un pueblo. He leído eso con cierto estupor, porque en nuestra América del Sur el liberal es casi siempre un jacobino.

El jacobino podría definirse así: es el hombre de una cultura mediocre o inferior, sin ojo fino para las cosas del espíritu, el «denso». No ha advertido que la religión es uno de los aspectos de la cultura y que ha contribuido a la purificación del alma popular. Así, él rechaza lo religioso como factor de educación individual y lo rechaza de igual modo, como factor social; confunde, el muy burdo, religión con superstición, lo cual es algo parecido a confundir los marionettes con la tragedia griega.

ERRORES DEL CRISTIANISMO LATINOAMERICANO

Pero si el pueblo ruso, y con él los nuestros, el mejicano o el chileno, han abandonado con tanta facilidad la fe de sus mayores, dejándose convencer por sus violentos «leaders», hay que pensar, con la más infantil de las lógicas, que se les han presentado razones de un enorme poder convincente. No se arranca con esa facilidad una vieja fe, que ha nutrido a tantas generaciones, ni se destiñe ante una masa con esta rapidez una institución de excelencias poderosas.

El deber del cristiano es, en este caso, no lanzar apóstrofes iracundos y desesperados, sino hacer un análisis agudo, como el que se hace después de una derrota, para ver en qué ha consistido la fragilidad de un sentimiento que creíamos eterno.

Yo, que *he anclado en el catolicismo, después de años de duda*, me he puesto a hacer este buceo, con un corazón dolorido, por lo que mi fe pierde, pero a la vez con una mente lúcida, deseando, más que condenar, comprender el proceso.

Lo que he visto es ésto: *nuestro cristianismo, al revés del anglosajón, se divorció de la cuestión social, la ha desdeñado, cuando menos, y ha tenido paralizado o muerto el sentido de la justicia, hasta que este sentido nació en otros y le ha arrebatado a sus gentes.*

Una fe que nació milagrosamente entre la plebe, que sólo con lentitud fué conquistando a los poderosos, estaba destinada a no olvidar nunca ese nacimiento. Pero a la vez de respetar esta tradición popular, tenía el deber de mirar que, fuera de su origen, la llamada plebe, que yo llamo el pueblo maravilloso, es, por su vastedad, el único suelo que la mantendría inmensa, haciéndola reinar sobre millares de almas. Las otras clases, por selectas que sean, le dan un pobre sustento, y toda religión ha aspirado siempre al número, lo mismo que toda política. Pues bien, *ni por tradición ni por cálculo sagaz, nuestro cristianismo ha sabido ser leal con los humildes.*

ASPECTOS DE LA RELIGION

Yo sé muy bien que no es la ayuda social la forma más alta de una religión, sé que Santa Teresa, la mística, es una expresión religiosa más alta que una sociedad de beneficencia católica y que San Agustín es mayor que San Vicente de Paul, porque la santa y el enorme teólogo recibieron lo más alto: el mensaje divino dentro de la carne. Pero a las cumbres de la religión, como a los Himalayas de la geografía, no asciende sino un puñado de hombres.

La fe de Cristo fué, entre la plebe romana, y sigue siéndolo para el pueblo hoy, una doctrina de igualdad entre los humanos, es decir, una norma de vida colectiva, una política (ennoblecamos alguna vez la palabra manchada). Tal aspecto de la religión, el que más importaba a las masas, no se hizo verdad entre nuestros países. La acción social católica en la Argentina es ya intensa; en Chile hace cosa estimable, pero no lo suficiente todavía, y en otros países, que prefiero callar, no existe.

El pueblo trabajador se ha visto abandonado a su suerte, en una servidumbre sencillamente medioeval y ha acabado por hacer este divorcio entre religión y justicia humana. Han ido hacia él los agitadores a declararle que el cristianismo es una especie de «canto de sirenas», con el cual se quiere adormecer sus ímpetus para las reivindicaciones; los «leaders» le han asegurado que la búsqueda del reino de los cielos es incompatible con la creación de un reino de la tierra, es decir, del bienestar económico.

El pueblo no es heroico, es decir, no es la carne de sacrificio que han sido sólo los hombres sublimes; y no debía esperarse de él que, ante la elección, optara por el otro...

Los malos pastores le han dicho que no hay entre las dos cosas alianza posible, y el pueblo se ha ido con los que prometen pan y techo para los hijos.

TODAVIA ES POSIBLE LA RECONQUISTA

No podemos perder tantas almas, pues por mucho que valieran las nuestras, Dios no nos perdonaría el abandono de las multitudes que son casi el mundo. El catolicismo tiene que hacer la reconquista de lo que, por desidia o egoísmo, ha enajenado, y esto será posible si los católicos demostramos que, en verdad, somos capaces de renunciación, o sea, capaces de la esencia misma de nuestra doctrina.

No bastan las pequeñas concesiones hechas hasta ahora. Lo que la Bélgica católica realiza en favor de sus obreros y campesinos, significa un programa enorme y los que lo conocemos, sentimos vergüenza; lo que hacen los católicos alemanes en este momento es también una cosa heroica y que, en nuestros países, parecería de radicalismo alarmante.

Hay que prepararse a una acción semejante, resignándose a la pérdida de muchos privilegios que nosotros llamamos ladinamente derechos...

El hambre de justicia despertada en el pueblo no se aplaca con una mesa estrecha de concesiones; el pueblo, además, sabe que conseguirá reformas esenciales con la prescindencia nuestra, y su actitud no es ya la de la imploración temblorosa. Tenemos que habituarnos al nuevo acento de las masas populares; hiere los viejos oídos, un poco semeninos de puro delicados, mas tienen que oír esos oídos.

CRISTIANISMO ESTETICO O DILETTANTISMO RELIGIOSO

Todo el bien que hoy día puede hacerse al catolicismo y al cristianismo en general, es un sacrificio de intereses materiales. O se da eso, o se declara lealmente que la doctrina de Cristo la aceptamos sólo como una lectura bella, en el Evangelio, o como una filosofía trascendente que eleva la dignidad humana, pero que no es para nosotros una religión, es decir, una conducta para la vida.

Si somos diletantí de la Escritura, recitadores estéticos de una parábola, por su sabor griego de belleza pura, es bueno confesar nuestro epicureísmo; nos quedaremos entre los comentadores literarios o filosóficos de la religión.

Si somos lo otro, los cristianos totales del Evangelio total, iremos hacia el pueblo. Ordenaremos un poco sus confusos anhelos sobre reformas de nuestro sistema económico y, mezclados con ellos, hemos de discutir primero y conceder en seguida.

A los egoístas más empedernidos será bueno decirles que, *con nosotros o sin nosotros, el pueblo hará sus reformas, y que ha de salir, en el último caso, lo que estamos viendo: la democracia jacobina, horrible como una Euménide y brutal como una horda tártara.* Elijamos camino.—GABRIELA MISTRAL.

A Gabriela Mistral.

Mi querida emiga: me es grato contestar la carta que me dirige, publicada en *El País* de Montevideo, el 1.º del actual, plena de cordialidad amistosa y de esa bondad tan cálida, de acento maternal, pura fragancia que emana de su persona y su obra.

Tan interesante como trascendente es el problema que usted plantea en su carta referente al predominio del materialismo sensualista y la carencia de idealidad, que advierte usted en nuestra época, a lo cual opone, como único remedio, la intensificación de la creencia religiosa y en especial del catolicismo.

Sorprendente es, en verdad, ese criterio en sus labios, ungidos con el prestigio de su poesía, que tal como usted atribuye a mi caso, hace tanto más grave y peligroso para la juventud del continente, cualquier erróneo concepto, sobre todo si se considera la íntima sinceridad de su palabra, de que nadie dudará.

Usted, mi querida amiga, ha recibido seguramente, como casi todo ibero-americano, la fe en el catolicismo como herencia familiar, tradición doméstica santificada con el fervor de las enseñanzas maternas.

Naturaleza eminentemente emotiva, como buen poeta que es, no ha pensado en revisar, ni en aquilatar por su razón esas enseñanzas que cristalizan para los pueblos en dogma estricto y paralizante. A pesar de ello su espíritu, rico de savia jocunda, ha desplegado las alas y tendido su vuelo en canciones impregnadas de humanismo, de recóndita ternura, de cordialidad universal. Como le dije a usted ya en otra ocasión, ante el dios que aparece en su poesía no puede haber ateos, porque no es un dios teológico, dogmático y personal, sino el sentimiento de unidad, de comunión espiritual, divinizado. Pero usted identifica este idealismo suyo con la fe católica, y aun parece inferir ingenuamente que aquel proviene de ésta, sin advertir que en otro lugar, o en otros tiempos, ya habrían provocado su obra y su persona, la persecución y el anatema de esa misma religión que usted defiende. Dígalo si no, el hecho, harto significativo, de quiénes son los que han apreciado su obra y de los cuales se ha sentido más cercana. Son los revolucionarios mejicanos, en cuya acción cultural ha colaborado usted con eficacia y con amor; es el espíritu inquieto, profundamente renovador de José Vasconcelos; el fuerte, el irreductible Romain Rolland, el más potente y audaz removedor del alma latina; y en fin, modestamente, yo, a quien usted califica con la honrosa denominación de espíritu libre, precisamente por que rehuyo toda imposición dogmática o interés convencional. No creo que nos niegue usted a nosotros, sus amigos, tan ajenos a toda fe concreta y sobre todo al catolicismo, el idealismo espiritual, ni que nos incluya entre los materialistas, en el sentido que da usted a esa palabra, de relajamiento ético y persecución de fines exclusivamente utilitarios.

Si mira usted en rededor de sí y si examina la historia occidental de los últimos tiempos, no será en el campo del catolicismo donde encontrará los ejemplares de mayor abnegación y humana idealidad. Nadie más idealista y desinteresado entre nosotros que el bíblico Almafuerte cuya vida fué un ejemplo de cristianismo pristino y que no se doblegó jamás a confesionalismo religioso alguno porque no aceptaba lo definitivo sino

como un corral donde se le quería aprisionar y empequeñecer.

¿Quién le negaría idealismo a Pedro Kropotkin, el hombre más altruísta, la vida moralmente más ejemplar del siglo pasado, no obstante su inquebrantable materialismo científico?

Si admitimos como verdadera la afirmación de Lorenzo de Médicis, de que aquellos que no esperan otra vida, están ya muertos en ésta, deberemos, asimismo reconocer que hay más sentimiento altruísta y más vitalidad espiritual en los que se esfuerzan y se sacrifican por alcanzar el mejoramiento de la humanidad futura, a la que ellos no conocerán, que en quienes se abstienen de obrar mal por temor a los castigos de ultratumba, o realizan buenas obras para obtener recompensas personales en un cielo reservado para ellos.

Es indudable que habrá católicos idealistas, como usted misma lo es, pero lo serán más bien por su índole personal que en razón de su catolicismo.

Recientemente, como usted sabe, se realizó en Argentina el movimiento más idealista de nuestra época en América: la reforma estudiantil y precisamente lo inició la juventud cordobesa arrancando la Universidad del dominio asfixiante del catolicismo que tenía aquilosa la enseñanza y amordazados a los espíritus.

Hubo un tiempo en que el catolicismo fué un ideal revolucionario, como lo siguen siendo hoy a pesar de todo, las doctrinas de Jesús, el rebelde más audaz y más universalista que ha existido. El mismo nombre católico significa *universal*, como es sabido, porque el credo católico no reconoce patria, porque aspira a convertir la humanidad en una sola grey dirigida por un solo pastor. Sin embargo, usted es patriota a despecho de su catolicismo, y aun se lamenta de que yo abogue por lo que entiendo ser justo en favor de otro pueblo americano que usted juzga antagonista de su patria.

Y es que los ideales, querida amiga, son como las antorchas: Cuando se encienden, esparcen más humo que llamas; mientras arden plenamente y se convierten en luz que ilumina a los hombres, amenazan abrasar la mano que la sostiene y las de-

fiende; pero más tarde, se apagan, consumidas, se transforman en tizón y ya no son peligrosas para aquel que las esgrime, pero no alumbran a nadie.

Así sucede hoy con las religiones oficiales. El cristianismo actual ya no es el de San Pablo, ni el de las catacumbas, que socava los cimientos de un mundo groseramente materialista para fundar una nueva civilización espiritual a través de las persecuciones y martirios. Ahora el catolicismo es parte integrante y principal de esta sociedad sensualizada y comparte el dominio y la riqueza con los señores del oro.

Tiene más intereses que conservar que ideales y renovaciones para promover. Contra su inercia ya secular se estrellaría vanamente todo poder humano que intentara reformar su espíritu. Por eso me ha producido asombro su afirmación de que nosotros tenemos que utilizar el catolicismo. ¿Quiere usted paralizar más todavía el alma de nuestros pueblos? Porque tal es el efecto del catolicismo: el de someter y reducir.

¿Piensa usted, que, en realidad, fomentan el idealismo los gobiernos que consagran sus países al corazón de Jesús, aun a costa de víctimas humanas, más bien que los que defienden la justicia y rinden culto a la libertad de la conciencia? ¿No advierte usted en el catolicismo una fuerza regresiva opuesta a toda reforma y a todo mejoramiento? ¿Qué tenemos nosotros de común con un poder que es el enemigo irreductible de la ciencia y de la renovación?

Su mismo protestantismo que se funda en la libre interpretación del texto bíblico, ¿no ha inspirado en Norte América, recientemente, la ley antidarwiniana, prohibiendo a los maestros que expliquen a sus alumnos el origen del hombre según las teorías de Darwin, y obligándoles a que lo hagan de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia?

¿No cree usted que tal procedimiento, injurioso para la razón humana, sólo puede producir la servidumbre del intelecto y el predominio grosero de los sentidos?

Sí, mi noble amiga. No serán las ideas ya gastadas y cadu-

cas las capaces de elevar el nivel moral humano, sino los nuevos ideales renovadores del alma de los hombres.

Vivimos en un momento de transición en que se derrumban muchos ídolos y se desmoronan los poderes que sobre ellos se fundaron. Ya el espíritu no anima las formas tradicionales y labora silenciosamente para trazar nuevos cauces en el alma humana. Usted misma reconoce que han descendido las religiones desde la mística a la costumbre. Las instituciones del pasado siguen viviendo por el impulso adquirido en otros tiempos. Agotada la presión espiritual se relajan todos los resortes. Pierden su imperio sobre las almas los preceptos normativos, los instintos recobran su primario dinamismo propulsor y desciende el nivel de la existencia.

Tal es la causa real del materialismo de hoy, señalado por usted, que no puede remediarse con una vuelta al pasado, sino acelerando el paso hacia el futuro.

La inquietud religiosa de estas épocas se refugia en las mentes renovadoras, en las almas cargadas de misterio que miran al porvenir y traducen las voces del espíritu como Emerson y Carlyle, y entre nosotros Almafuerte, y Rodó.

Ya en nuestra América existe un soplo de inquietud y féridos anhelos que mueve a la juventud. Algunas almas selectas, como el maestro Vasconcelos, perciben ya la vislumbre de un modo moral más alto y laboran con ahinco para encarnarlo en la realidad. Usted misma es la expresión de ese espíritu anhelante. Si ausculta usted el corazón de la juventud idealista advertirá los latidos de una nueva vida informe, exuberante y jugosa, que pugna por abrirse a la existencia.

Fundado en nuestra amistad y en la admiración que su obra y su persona me merecen, así como en el interés común que nos inspira, yo me atrevo a pedirle que quiera colaborar en este alumbramiento.

Considero respetable y aun fecunda toda fe profesada sinceramente, y por lo tanto respeto sus creencias religiosas. Pero creo que el deber que en esta hora nos impone el destino americano es el de favorecer el nacimiento de esa nueva vida que

se anuncia. Ayúdenos a forjar, con sus manos maternas, esta joven alma americana que viene henchida de fe, rebosante de idealismos, dispuesta a hacer una sola patria de la América Latina y a volcar en ella todos sus anhelos.

Usted es el corazón dinamizante de esa juventud. No malogre la esperanza que tiene puesta en usted. Abandone el pasado, sumergido en un usualismo estéril, y vuelva sus miradas al futuro donde le espera la juventud, grávida de generosas ilusiones.—ALFREDO L. PALACIOS

Mensaje de Romain Rolland a la juventud ibero-americana

Villeneuve (Vaud) Villa Olga.
Mayo 16 de 1925.

Señor D. Alfredo L. Palacios.—Mi querido Decano: He leído su bello mensaje a la Juventud Universitaria de Ibero-América, así como la carta a nuestra común amiga Gabriela Mistral.

Comparto en un todo los pensamientos que Ud. expresa. Católico de nacimiento, conozco ciertamente cuánta consoladora belleza es posible disfrutar dentro de la fe cristiana. Pero creo que hay un error, y hasta un peligro, en querer orientar nuevamente hacia ella la humanidad actual. Comprendo demasiado bien que ciertas almas generosas, decepcionadas por la tristeza de la vida, por sus fealdades, por sus vergüenzas, sientan la ardiente necesidad de refugiarse, destrozadas, a los pies del Crucifijo. Mas ellas no tienen el derecho de ofrecer esa derrota—por noble que sea—como objetivo a las esperanzas y a los ardientes esfuerzos de la juventud del mundo y de los pueblos, esos eternos niños...

En cuanto a mí, la vida me ha colmado de dolor y de ultrajes; estoy enteramente cubierto de heridas; he sido vencido diez veces. Pero aun suponiendo que cayese, ensangrentado, y que no pudiera levantarme nunca, diría a los demás: «¡Deteneos!». Diría a los jóvenes, hombres y mujeres, a los pueblos, a todos los seres que amo: «Marchad. ¡Avanzad siempre! ¡Pasad sobre

mi cuerpo! ¡Mirad hacia adelante! ¡Delante de vpsotros está la luz! No hay que quitar jamás al hombre la esperanza en el mañana ni impedirle el fecundo esfuerzo por convertirla en realidad. Y no es en el momento en que por doquiera en el mundo brilla el espíritu humano como un astro rutilante, que hay que apartar de su intrépida trayectoria a las miradas jóvenes, induciéndolas a volverse hacia la pura y pálida estrella de Be-thleem! El pasado tuvo su belleza, pero el porvenir está plétórico de esplendor y de infinitas fuerzas. Nuestro Dios es el porvenir.

Admiro su ferviente mensaje a la juventud ibero-americana. Creo en la misión de vuestros pueblos. La presiento y la invoco. ¡Federaos! ¡Uníos! ¡A la obra, sin tardanza! No hay que perder un solo día. ¡Jóvenes de Ibero-América, os envidio: tenéis para sacrificaros por ella, la causa más bella y más heroical!

Querido Palacios: Permítame estrecharle afectuosamente la mano, y créame, le ruego, su affmo. amigo.—ROMAIN ROLLAND,

Ruégole trasmita a nuestra amiga Gabriela Mistral, a quien quiero y admiro, mi respetuoso recuerdo. La luminosa huella de su paso por «Villa Olga» no se borrará jamás.

Carta de Vasconcelos al Dr. Palacios

Palma de Mayorca. Agosto 9 de 1925.

Muy querido amigo: Llevo tres meses de constante variar de sitio por lo que me ha llegado con retraso su carta a Gabriela, a propósito de una declaración suya, en que se decía católica. Tengo la fortuna de conocer bien a la gran poetisa y a usted, el generoso maestro de juventudes, y esto me da ocasión de terciar con ventaja en el debate; aunque más bien no hay asunto a debate, porque veo en Gabriela y en usted dos grandes cristianos prácticos, cristianos de verdad que por lo mismo no pueden ser católicos. Usted procedió como verdadero cristiano cuando obtuvo del Congreso argentino una

ley protectora de los trabajadores explotados por terratenientes, que por lo general son excelentes, irreprochables católicos, pero viven de violar a diario la ley de Cristo. Así que yo vea, ya no digo la Iglesia, siquiera algún sacerdote que se pone en frente del explotador para defender a los débiles, creeré que ese hombre, aun siendo católico, está animado por el espíritu de Cristo. Los que absuelven a los terratenientes a la hora de la muerte a cambio de una dotación para el culto, son católicos, pero no cristianos. Más cristiano fué usted en el momento que ya digo, que cualquier católico de la época. La esencia del cristianismo es la ternura para nuestros semejantes. Esa ternura apareció en San Francisco y por poco lo excomulgan.

Eso mismo sentían los católicos, respecto a Gabriela, cuando Gabriela comenzó a escribir; era entonces una literata peligrosa, pero como ahora se ha conquistado una merecida fama, la cercan y se le presentan como ovejas. Andan ahora haciendo el papel de perseguidos en Chile; después de que alentaron y aplaudieron el golpe de los militares chilenos. Aquí, en cambio, andan dichosos, insolentes. Al grado de si no hay quién les pegue un golpe, volverán a establecer la Inquisición para los asuntos religiosos tal y como ya hay censura en asuntos civiles. Creo poder aventurar que a Gabriela le pasa algo semejante a lo que a mí mismo me ocurre: la preocupación por el problema religioso, el interés por el dogma, nos llevan a coincidir con la doctrina católica en muchas cuestiones metafísicas; frecuentemente me he declarado yo católico en el sentido de que creo que la doctrina de la Iglesia, tal como se definió, por ejemplo, en Nicea, representa la mayor suma de verdad religiosa que han alcanzado los hombres. Pero me he convencido de que esa convicción, aun siendo en mí firme, más bien me aparta que acercarme a la Iglesia. La Iglesia católica contemporánea es una obra bien organizada por el demonio para enfriar la piedad de las gentes.

Cuando desembarqué en España, hace unos dos o tres meses, me sentía casi completamente católico; deseaba rezar en el refiro de una vieja catedral; pero casi todos los templos espa-

ñoses están profanados por la costumbre de poner en el sitio mismo del altar los restos podridos de cada pícaro que algo ha sido dentro de la dinastía. La Iglesia española tradicionalmente, es la sierva de los reyes. En realidad lo mismo hace en todas partes: traiciona al humilde para congraciarse con el poderoso. No representa la religión sino la liturgia, no posee sacerdocio sino una burocracia cobarde y glotona. La Iglesia católica está en todos instantes detrás de cada intento de reacción. El negro poder jesuíta crece. La iglesia se ha vuelto completamente jesuítica; ya no es católica, ya no es romana; ha llegado a ser jesuíta. ¿Cómo no hemos de sentirnos emocionados cuando un hombre como usted levanta la voz contra el peligro formidable? Adelante mi querido amigo; soy uno de los que lo seguirán en nombre de Cristo, que no es monopolio de frailes. Nunca podrán entender los católicos que Cristo está más cerca del atormentado Carlos Marx, mucho más cerca que del iluminado Tomás de Aquino.

Creo que el socialismo moderno es un intento de aplicar la ley de Cristo; pero si así no fuese, si por no querer y no poder ser católicos nos niegan el derecho de creer en Cristo, nada importa, que nos llamen anticristianos. Cuando yo sepa que la Iglesia ha librado una sola batalla en favor de los desheredados, pensaré que acaso Cristo vuelve a su seno. Pero, entretanto, me voy con los ateos, si los ateos imponen la justicia.—JOSÉ VASCONCELOS.

Vicuña Mackenna juzgado en el Perú

El año pasado se dió a la estampa en Lima una edición de «La revolución de la independencia del Perú», uno de los libros de juventud de Vicuña Mackenna. Es interesante conocer el prólogo que lo encabeza, suscrito por Luis Alberto Sánchez, escritor ventajosamente conocido por sus investigaciones históricas. En estos días, en que las negociaciones para resolver el viejo pleito de Tacna y Arica se intensifican, y en que la personalidad de Vicuña Mackenna parece recobrar nuevo vigor gracias al reciente libro de Ricardo Donoso, tienen un palpitante interés las páginas que reproducimos a continuación.

UÉ significa este libro de Vicuña Mackenna en los actuales momentos? ¿Qué representa reeditar un libro impreso hace, justamente, sesenta y cuatro años, cuando tantas publicaciones posteriores han esclarecido enormemente la cuestión tan discutida de nuestra participación en la guerra emancipadora? Quizá parezca sólo obedecer a un propósito de especulación editorial; mas, para quienes investigan un poco menos superficialmente las cosas del pasado, el libro de Vicuña Mackenna tiene un triple prestigio: la versación de su autor, su nacionalidad y la viveza de su estilo. Si a esto se añade que el problema está aún sobre el tapete, que todavía se discute la actitud peruana frente al movimiento emancipador, y en libros y en folletos recientes, diversas opiniones pugnan por ganar la supremacía, he aquí que la reedición de un libro—muy raro ya, por lo demás—como el de Vicuña, adquiere relieves más resal-

tantes que el de cualquiera otra obra, por mucha que sea la importancia del tema que analice.

No se encuentra en librerías y es raro hasta en las reventas de libros viejos, el ameno folleto que sigue a estos renglones. Las ediciones antiguas, por lo cortas, perduran poco; es decir, pasan muy pronto a ser joyas bibliográficas. Sin andar muy lejos, el monumental *Diccionario histórico biográfico* del general don Manuel de Mendiburu, empezado a publicar en 1874 y terminado en 1890, cuando había muerto ya su autor, es muy difícil de adquirir, debido al corto tiraje de su edición. No otra cosa ocurre con libros de menor valía. Y con el de Vicuña Mackenna, tan interesante y tan jugoso, ha pasado lo propio. Se le busca inútilmente y, cuando se le halla, hay que pagar precios exorbitantes por un ejemplar de la primera edición hecha, precisamente, también en Lima, en los talleres de *«El Comercio»*, el año 1860.

Benjamín Vicuña Mackenna tiene una personalidad tan definida y rotunda en la historia americana, que resulta pleonasma repetir aquí algo de su vida y de sus obras. Para los lectores menos familiarizados con las cuestiones del continente, si es preciso bosquejar a las volandas, como para dar una idea aproximada, la tarea del autor. No es de los advenedizos de la Historia. Si es verdad que su estilo se encrespa fogoso, si es cierto que describe con acentos patéticos y narra con extraordinario fervor, también es cierto que su erudición convence por lo profunda y auténtica; y que no desdeña mostrar, como diría Prescott, los andamios de sus obras, para que otros más afortunados o más perspicaces completen o rectifiquen lo escrito por él.

En la bibliografía chilena, Benjamín Vicuña Mackenna ocupa un lugar preeminente. No tiene, es verdad, la acuciosidad investigadora de José Toribio Medina, el más grande bibliógrafo de Hispanoamérica; pero, no cede ante Diego Barros Arana, el erudito historiador de Chile, ni ante Lastarria, Gonzalo Bulnes, los Amunátegui y cuantos trabajaron y trabajan el pasado chileno con fervor y sapiencia.

Vicuña Mackenna lleva sobre todos una ventaja enorme: la de su estilo. Estudia, investiga, analiza, y, luego, todo lo describe con un fuego que arrebató y a menudo recuerda el impulso de los grandes oradores. Al decir esto, por fuerza hay que recordar nuestra página acerba; aquella que aniquiló a la Patria durante largos años y nos dió, al fin, la conciencia de nuestro verdadero rumbo. Me refiero a la guerra del 79. Vicuña Mackenna, como Barros Arana, escribió la historia de la campaña. En gruesos volúmenes refirió, naturalmente con apasionamiento patriótico y hostilidad para nosotros, la guerra inolvidable. Mas, el criterio histórico, el criterio desapasionado y, aún mejor dicho, el patriota de verdad, no puede menos de lamentar que, mientras la historia de la guerra la escribieron por parte del Perú, don Mariano Felipe Paz Soldán, documentado, pero pesado y fofo, y Tomás Caivano, también deficiente y sin vuelo; del lado de Chile, Barros Arana, paciente y lógico, y Vicuña Mackenna, exaltado y vibrante, encubrieron la injusticia criminal de aquella contienda inexcusable, bajo la maza erudición del uno y los épicos arranques del otro. Por eso, José de la Riva Agüero, al comentar en *La historia en el Perú* esta circunstancia, califica a la «extensa y brillantísima» narración del chileno Vicuña, como «especie de epopeya a lo Michelet».

Toda su vida la dedicó Vicuña Mackenna a la historia. A los dieciocho años, en 1849, publicó su primera obra de esta índole, titulada *El sitio de Chillán*; y desde entonces no dejó de trabajar ahincadamente, de investigar siempre, aunque las veleidades de la política y los menesteres de su profesión de abogado le distrajeran frecuentemente y le echaran por extrañas playas, en busca de la libertad de que se le privaba en su patria, en épocas de dudosas y violentas situaciones políticas.

Había nacido en Santiago el 25 de Agosto de 1831. A los nueve años empezó sus estudios, terminándolos a los dieciséis. A los diecisiete principiaba su carrera de Leyes, que culminó a los veintiséis en que optó al ansiado título de abogado. Durante esta época de estudiante, fué revolucionario y hubo de

sufrir persecuciones. Emigró. Viajó por Europa y Norteamérica. Estuvo en contacto siempre con los elementos políticos de su país, y, así, al regresar a Chile, desempeñó cargos elevados y fué Intendente de Santiago. Ahí no paró su carrera pública. Le eligieron varias veces diputado y senador, y, en 1875, cuatro años antes de que estallase la guerra entre el Perú y Chile, figuró como candidato a la Presidencia de la República. Eran los días inmediatos a las reformas introducidas por el Presidente Errázuriz, en virtud de las cuales se transformó bastante la organización social de Chile, combatiendo activamente los abusos de los conservadores, y reformando la constitución jurídica de la República. Sucesor de Errázuriz, en aquel año de 1875, en que éste renunció, fué don Anibal Pinto, cuñado del general Bulnes y yerno del general Cruz. Siendo Pinto Presidente, estalló la Guerra del Pacífico.

Vicuña Mackenna escribió como he dicho, la *Historia de la campaña de Tarapacá* (dos volúmenes), *Historia de la campaña de Tacna y Arica* y la *Historia de la campaña de Lima*. En gruesos volúmenes, llenos de citas y notas, relata con bríos nuestra derrota, los incidentes de aquella guerra tremenda y sin cuartel, que, con la del Paraguay, constituye uno de los grandes crímenes que el Continente lleva sobre sí. Guerras disolventes, como las califica en algún libro Francisco García Calderón; guerras execrables, llevadas a cabo con odio sin precedentes, con rencores increíbles, con una saña y una crueldad que aún duele en las carnes de los vencidos el recuerdo de aquellos años trágicos...

...Me ocupaba de Vicuña Mackenna... El mismo año que terminó la guerra definitivamente, en 1884, el historiador se retiró a la vida privada. Dos años después, el 25 de Enero de 1886, moría en su fundo de Santa Rosa de Colmo.

Por recordar algo de su tarea, nombraré, además de las obras citadas y de ésta que ahora reedita la Editorial Garcilaso, las siguientes: *Ostracismo de O'Higgins*, *Historia de Valparaíso*, *Historia de Santiago*, *Los Médicos de Antaño*, *Relaciones Históricas*, *Album de la Gloria de Chile*, *La Jornada*

del 20 de Abril de 1851, *Ostracismo de los Carreras, Historia de los 10 años de la Administración de don Manuel Montt, Vida del general Mackenna, Vida de don Diego Portales, Juan Fernández, La Guerra a Muerte*; dirigió la publicación de la *Historia General de Chile*, con la colaboración de Lasterria, Barros Arana, Sanfuentes, etc.

La calidad de chileno del autor de *La Revolución de la Independencia del Perú*, tiene más importancia de la que aparenta, por la oportunidad de la reedición. Precisamente, en las vísperas del Centenario de 1921, el Ministerio de la Guerra de Chile publicó una obra del capitán Moreno Guevara, en la cual se sostiene que la libertad del Perú se debió en gran parte a los auxilios chilenos y que los peruanos no realizamos el menor esfuerzo por vernos libres, sino que, antes bien, pugnamos por permanecer dependientes de España, enamorados del yugo y de la servitud. Felizmente es con palabras de otro chileno de grandes merecimientos, al cual podría añadirse el testimonio de Gonzalo Bulnes, con el que se destruye la peregrina invención del señor capitán aquel.

¿Y este libro de Vicuña Mackenna?

El tema es demasiado sugestivo para poder inmunizarse de su influjo. Se ha escrito tanto sobre nuestra pretendida adhesión incondicional a la monarquía española y tanto se ha voceado nuestro odio a la Independencia, que exaspera rozar el tema, sin echar su cuarto a espadas acerca de aquel tópico. Quien más quien menos, todos hemos leído u oído decir que los peruanos no hicimos nada por nuestra emancipación. En otros países he escuchado el consabido estribillo de «cuando Bolívar fué a independizarlos», o el otro de «cuando San Martín les dió la libertad».

Nosotros tampoco rectificamos nada. Nos limitamos a desdenes o lamentos. Pero la historia no guarda gran memoria de semejantes medios. A la opinión hay que ganarla con razones o con calumnias, pero siempre con algo que no sea el silencio culpable de los cómplices.

Al publicar *La revolución de la independencia del Perú*, rea-

liza el editor obra de verdadero patriotismo y de bien entendida propaganda nacionalista. No es un peruano el que describe la efervescencia de los años anteriores a la llegada de la expedición libertadora de San Martín. Es un chileno quien lo cuenta. Voz imparcial, por lo menos, si no enemiga. Voz autorizada por una obra preñada de enseñanzas; por una vida hecha a base de esfuerzo y de labor.

LUIS ALBERTO SANCHEZ.

Ingenieros en la intimidad

EN medio de la honda consternación que me ha producido la muerte de Ingenieros, no puedo evocarle en su calidad de maestro, de sociólogo, de ensayista; ni siquiera como autor de la serie de obras maravillosas con que ha sugestionado a la juventud de América, al igual que ese otro apóstol también del Plata, Rodó.

No. En este momento desaparece de mis recuerdos el Ingenieros «personaje», para dar paso a una figura más cálida, más vívida, que aún no ha muerto y cuya presencia espiritual me parece advertible por mi propia emoción; y se alza «don Pepe», ese hombre singular que no acogía con los brazos abiertos, que por sistema se reservaba un tanto, que iba maravillándose a poco y como niño ante el destello de una inteligencia no conocida suya el día anterior, y que, deshecho el hielo, era todo bondad, todo afecto, todo ternura, hasta llegar a adoptar cierto aire paterno para guiar a través de Buenos Aires,—librándolo de cualquier mal,—al joven extranjero que iba a golpear medrosamente a la puerta del consultorio del célebre doctor don José Ingenieros, en la calle de Viamonte.

¿Medrosamente?... Sí. Esa es la palabra. Siempre atemoriza la idea de que nos vamos a encontrar cara a cara con un hombre notable, máxime si ese hombre es de nuestra familia espiritual. Suelen desilusionar tan dolorosamente las celebridades... Pero no; Ingenieros no desilusionaba. Recuerdo perfectamente, como si fuera hoy, el instante para mí solemne en que se abrió la puerta que unía la sala de espera y el consultorio. Pasé a una estancia semi-oscura. Se situó el maestro en el án-

gulo sombrío—cuidando de dirigir la bombilla eléctrica hacia mí.—y apenas pude, por lo tanto, distinguirlo. De 45 a 48 años, débil de contextura, medio rubio y casi calvo. Vestía delantal blanco, de practicante. Eminentemente nervioso, movable y como sobresaltado por mil ideas y sugerencias, parecía preocupado de no traicionarse, de parecer reservado y hasta indiferente. Pero de súbito, a influjos quizá de qué fuerza misteriosa, hizo como quien deja a un lado el antifaz, dió la luz central de la pieza, se quitó el delantal y me hizo pasar a su escritorio íntimo, a una estancia chiquitita de muebles confortables y sencillos, y allí, encendido el cigarrillo y entre sorbo y sorbo de buen café, empezamos una charla interminable. Desde ese momento desapareció ante mis ojos el hombre ilustre, el sabio, el filósofo, para convertirse en el amigo, en el camarada que había de descifrarme el misterio de aquel país y de aquella ciudad, cuyas grandezas atontan en un principio sin que logre uno así no más aclimatarse. El, que había viajado y que había escrito libros de viajes, me hizo comprender el secreto que anida en todas las grandes urbes, secreto que en París es veneno, en Venecia veneno también, y en Buenos Aires veneno, si no hay alguien que oportunamente le quite al viajero la copa en que ya ha humedecido los labios... Me guió Ingenieros hacia el alma de la metrópoli, que además de capital es puerto, y puerto al cual entran a diario, hasta 300,000 personas en busca de trabajo, mientras salen otras tantas ya enriquecidas o que cambian de tienda, animadas solamente de cierta íntima esperanza. Y el maestro quiso que yo lo conociera todo, lo viera todo, todo lo apreciara; pero guiado siempre por él. Así, cuando no pudo acompañarme en persona, un golpe de teléfono, cuatro letras oportunas, una presentación a tiempo, subsanaban cualquiera dificultad y eran llanas para mí todas las puertas. Aún a los barrios bajos me acompañó, y tengo el más grato recuerdo de una noche famosa, en que él, Niccodemi, Martínez Cuitiño y otros «altos bohemios», comimos en un restaurant de «la Boca», o sea, del mal afamado barrio en que los marineros abren el vientre al parroquiano intruso que da en frecuentar sus canchas...

Sin embargo, nada nos pasó. Y es que Ingenieros equivalía a un salvo conducto: desde la Universidad a «la Boca», pasando por todos los círculos y por todas las clases sociales de Buenos Aires, «don Pepe» era un hombre popular, querido, simpaticuísimo, que había derramado su vida y su talento haciendo el bien, ayudando siempre, enseñando a todas horas sin aire de dómine, y persuadido de que sólo sembrando se cosecha en el campo espiritual, único campo en que él batallaba. Había que verle en su estudio, asediado de muchachos ansiosos de aprender; en la Redacción de «Nosotros», y de la «Revista de Filosofía», cercado de consultantes y de postulantes a redactores; entre los melencidos de *Renovación*, en los salones de arte y aún en los cafés: solicitado siempre por una especie de enjambre humano, que no le chupaba la sangre, sino que parecía enriquecerle la suya propia con la fuerza de una admiración que hacía perceptible en torno suyo algo así como un halo. Era el apóstol de la juventud porteña.

Gracias a Ingenieros conocí yo en Buenos Aires a cuanta persona, cuanto sitio son dignos de atención. Yo no podré volver los ojos hacia la gran ciudad, sin verle a él dominándola, alzado ya en el monumento que luego y sin duda han de erigirle.

Y, en seguida de venirme, nunca faltó a este hombre oportunidad de hacerse presente; un recado, una hoja impresa, una carta breve, un nuevo libro.

Su correspondencia es muy interesante. Cuatro palabras nerviosas, sencillas, categóricas y magistrales. Es fácil desprender de cartas suyas frases como éstas: «Es, sin duda, una inmoralidad alabar lo que se cree malo; pero no lo es de seguro, callar algún defectillo ajeno cuando su existencia no produce mal a los demás». — «Deje Ud. que me plagien. Ese es mayor homenaje que cuando me imitan». — «Yo iré por allá algún día, iré con mucha ilusión, porque es uno de los países americanos donde creo que más me quieren. ¿Y sabe Ud. por qué lo creo? Por reciprocidad, puesto que es Chile uno de los países que más quiero yo». — Y, así, cogidas al azar, son frases que vienen proclamando la limpidez de alma de este hombre de cerebro esencialmente límpido.

Llegó a preferir la bondad a la inteligencia. Llegó a merecer, me parece, las mismas frases que poco antes de morir y con admiración, aplicara él a Emilio Boutroux, el filósofo; «Tenía dos características esenciales; la medida en el juicio y la responsabilidad de su opinión; los que le hemos escuchado más de una vez, conservamos el recuerdo de ambas cualidades, que se sumaban en otra superior: la probidad. Sin ser retórico ni cultiparlante, resultaba elocuente por la intensidad de convicción que reflejaban sus palabras. Su falta de temperamento combatiente hizo inútiles sus grandes aptitudes discursivas, que habrían podido convertirlo en un temible polemista. Cada año ponía más bondad en su expresión y al fin sus maneras adquirieron cierta severa dignidad, no rara en los pastores protestantes. Como sus creencias eran hondas, debajo de su aparente serenidad persistía un velado apasionamiento que daba más unción a su palabra cuando el tema se relacionaba con sentimientos místicos. Y nunca tuvo la hipocresía de ser imparcial, ya que sinceramente no puede serlo ningún hombre que tiene principios e ideales. Dime a quién admiras...

EUGENIO LABARCA.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

Bolivia en su Centenario

El vicedónsul de España en Concepción, señor don Bernardino Corral, asistió, durante las festividades con que se celebró el Centenario de la Independencia de la República Boliviana al desarrollo de las numerosas y diversas actividades que sirvieron como comprobación del grado actual de progreso de las grandes iniciativas culturales, económicas, sociales, industriales, del país vecino.

Como resultado de los estudios hechos personalmente y por directa comprobación, el señor Corral ofreció a nuestro Departamento de Extensión una interesante conferencia cuyo contenido principal reproducimos en los párrafos siguientes.



SALIMOS de Arica hacia La Paz; bendito nombre cuya atracción me tiene sugestionado. Recorriendo cientos y cientos de kilómetros, vemos tan sólo tierras agrias, faltas de agua, cuya naturaleza sólo produce la yerba brava que sirve de alimento a pequeños rebaños de llamas o corderos; al recorrer toda aquella región me preguntaba si no podría encontrarse alguna planta forrajera, que pudiera aclimatarse, y que sirviera para multiplicar aquellos ganados cuya lana es tan valiosa, cuya carne es de tanta necesidad, y cuyos cueros podrían ser un veneno de riqueza colosal.

Los temores de la puna o del soroche, como le llaman por aquellas tierras, desaparecieron cuando pasamos los 4,256 metros,

que señala la estación General Lagos, y un tranquilo sueño nos prepara para las novedades que han de deleitarnos al amanecer siguiente.

Nos acercamos a la gran capital; la naturaleza nos presenta toda su inmensa majestad. Aquellos riscos de enormes montañas que las lluvias han labrado, se nos aparecen como fantásticas edificaciones, que ningún arquitecto humano habría podido dibujar. Ya es una gran pagoda hindu o un templo egipcio, ya una monumental catedral gótica o una mezquita árabe; cada cerro, cada montaña presenta en sus caprichosos cortes, castillos con torres y almenas, ciudades coronadas de torres de diversos estilos, que pueden inspirar al artista las más originales variaciones del arte constructivo, en todas sus diversas manifestaciones.

Ya se ve La Paz; allá abajo aparece un momento, para desaparecer cuando el tren va por aquellos desfiladeros, bajando desde los 4.000 a los 3.600 metros y volviendo a aparecer y desaparecer, hasta que por fin llega al nivel más alto que la ciudad tiene en la Estación, a cuya diestra se levanta la Gran Exposición Universal.

Recorremos las calles, y en cada una un grito de admiración nos sobrecoge. La ciudad tiene todos los atractivos de lo colonial y la renovación modernista. Iglesias que tienen cerca de cuatrocientos años; palacios de arquitectura plateresca, que recuerdan a Sevilla; patios de inmenso valor artístico en casas de parecer hoy humilde, pero que debieron pertenecer a grandes señores, y, por otra parte, barrios modernos en donde el palacio, el gran chalet de variados estilos, recuerda las hermosas edificaciones de Copacabana de Río Janeiro; todo en calles de un pavimento irreprochable, que recorren líneas de tranvías y automóviles lujosos, de marcas reconocidas como las mejores.

Si en el día nos admiramos de aquel adelanto, que fué para todos una revelación, la noche nos dió la impresión de los cuentos de las mil y una noches. La plaza Murillo, el gran paseo del Prado, en donde se preparaba la plazoleta del monumento a Bolívar; infinitas calles en las que lucen cientos de

miles de ampolletas de los colores nacionales, están iluminadas en tal forma, que parece de día.

El paseo de El Prado, de extremo a extremo, está lleno de arcos de triunfo, dedicados a las provincias con sus escudos, y no es posible señalar el efecto de aquella iluminación fantástica.

• • •

Asistimos a la Jura de la Bandera. Lujosas tribunas en Miraflores, a lo largo de la Avenida Saavedra, esperan a los invitados. Las tribunas se hacen estrechas para la enorme concurrencia que asiste a presenciar aquel solemne acto. Llegó S. E. el Presidente; en la tribuna oficial está todo el Cuerpo Diplomático, y las tropas ocupan toda la avenida en formación de frente; las bandas tocan el Himno Boliviano, el de Sucre, y un oficial habla desde las tribunas lo que significa la bandera de la patria, y al pedir el juramento, con una sola voz sonora y gigante se oye un *juro*, que repercute sus ecos en todas las montañas, y llega hasta los altos picachos del Illimani.

El desfile de todas aquellas tropas demostró la férrea disciplina y nos trajo a la memoria los desfiles de nuestras tropas sin rival.

Las mismas marchas, la misma preparación en todo alemana; el paso de parada el mismo que aquí podemos admirar. El desfile de aquellos soldados, todos en absoluto mestizos, como lo son muchos de sus oficiales, nos dió a conocer su resistencia que, en aquellas alturas, no puede ser superada por ningún otro soldado. El ejército de las altas mesetas bolivianas puede descansar tranquilo en sus nidos de cóndores.

Otro desfile grandioso pudimos contemplar desde aquellas mismas tribunas, y fué éste el escolar. No menos de 15,000 niños y niñas desfilaron, después de cantar los himnos nacionales, el de la bandera, etc., y fué aquel espectáculo una verdadera revelación de lo que Bolivia prepara para el futuro.

Tiene Bolivia por todo 1,423 establecimientos educativos, de

los cuales 722 son fiscales con 87,023 educandos, que preparan 3,120 maestros y maestras.

* * *

No se escapa Bolivia a la vida de política imperante; respetuoso con su digno mandatario que desde hace cinco años gobierna con acierto aquel hermoso país, no dejé de impresionarme ante el momento político del presente, que tanto ha de influir en su porvenir.

Entre las naciones que rodean a Bolivia hay cuatro que están pendientes de su vida política. Son estas naciones Perú, Argentina, Brasil y Chile. El Perú trabaja para sumar a sus arreglos internacionales las aspiraciones de la República hermana, aspiraciones muy justificadas, pero que son extrañas en todo y por todo y que se buscan, más que por platonismo, por propio interés afianzando o pretendiendo afianzar un derecho.

Las enormes riquezas de Bolivia interesan a quien las conoce y son tan valiosas que puede decirse que no existe otro país en todo el mundo que ni remotamente pueda acercarse a ellas.

Todos los productos de su zona agrícola, que es inmensa, llevan la intención de buscar salida por donde las corrientes señalan, que es hacia el Atlántico, y a ello se encamina la prolongación de las líneas de la República Argentina y los proyectos de unificación de Bolivia hacia el Oriente. ¡Miren al oriente! ¡Sigán las corrientes de los ríos! ¡Por el oriente han venido nuestros padres; por el Oriente debemos regresar a nuestra cuna, Europa! Esas son las tendencias actuales y que se señalan en los productos de la ganadería, especialmente en cueros de calidad superior, que se cotizan en el mercado argentino con un precio también superior al nacional. La ganadería tiene un gran porvenir, y si actualmente se cotiza a 5 bolivianos la cabeza, en Santa Cruz, por falta de vías de comunicación, el día que este ganado pueda exportarse, valdrá 20 veces más.

Está ya en estudio el ferrocarril de Cochabamba a Santa Cruz que, por las llanuras del oriente, podrá llevar los productos al puerto de Corumba sobre el río Paraguay. La riqueza del Beni, en donde se dan el arroz mejor del mundo, el cacao, y toda clase de fruta, tiene como vecino el Brasil y es posible que se estudie para esa zona riquísima una salida por los ríos.

Tarija, con más de un millón de cabezas de ganado vacuno, también está sin salida, y la vecindad al Paraguay puede facilitársela al Atlántico. Es un problema para Chile, el de las facilidades de comunicaciones para esa República, porque el ferrocarril de Arica a la Paz, como el de Antofagasta, no son las que necesita Bolivia para la extracción de sus riquezas internas, y ha menester una línea directa, indispensable, de Iquique a Uyuni que no sólo lo une a las líneas interiores de Tupiza, Potosí y Ollaque sino que lo acerca a las riquezas de Chuquisaca y de Tarijüe.

Chile entre tanto, conforme la letra de sus tratados, recibe por Arica las grandes importaciones que pasan en tránsito para la República hermana, y por la misma se exportan muchos millones de sus riquezas.

Es indudable que las zonas cercanas a las fronteras Argentina, Brasileña y aun las del Paraguay, podrán concederle por vías fluviales muchas ventajas, pero nunca podrán quitar al Pacífico la supremacía de su comercio.

Es Bolivia en todo sentido un pozo de oro; es tal la riqueza de metales, que este factor por sí solo basta y sobra para doblar y aun triplicar la cifra de importación, y a esa suma de metales preciosos se debe agregar la goma elástica, la coca, cueros salados, pieles finas y lanas de las más valiosas del mundo como la alpaca, vicuña, etc.

Cuando contemplo la inmensa área de esa República Boliviana, y veo que hay un kilómetro por habitante, cuando pude admirar la riqueza de su subsuelo, en donde quedé absorto ante piedras que tienen el 85% de metal, tuve en mis manos lo que llaman charqui, que es cobre en hojas de metal purísimo, que miden hasta dos metros de largo por uno de ancho y

grueso de dos milímetros; las muestras de oro de los minerales de La Paz, Beni y Chuquisaca: las de Tipuani, Araca, Palca, Chuquiaguilla y tantas otras de inmensa riqueza, las de plata de Potosí de renombre universal, Huanuni, Huanchaca, Guadalupe, San Antonio de Lipez, Porco, Colquechaca y otras infinitas de Oruro, etc: Las de cobre como las de Corocoro y la Chacarilla, los minerales llamados barilla con el 70 al 100%; las de azufre, bismuto, platino, plomo, estaño, azogue, hierro, zinc, alumbre, jaspes, mármoles y tantas otras que no hay nación en el mundo y tal vez todas juntas que puedan presentar tal variedad y tal riqueza, no comprendo, ni alcanzo a comprender la firma de tal contrato.

Y penetro en el valle de Yungas, y en Santa Cruz, y en el Beni, y toda la riqueza del subsuelo se empequeñece, a pesar de su gran valor, y veo en aquellos bosques las maderas más raras y valiosas, donde el acebo, la caoba, el jacarandá, el palisandro, los nogales, el campeche, y miles de otras especies de un valor incalculable, esperan la mano del obrero que las explote, y brazos que abran los caminos para extraerlas.

Y todos aquellos valores, todas aquellas tierras que producen todo cuanto la semilla pida al tirarla al surco, todas esas esperanzas de un futuro, están ya estranguladas por el nuevo feudalismo del capital.

Yo no conocía estos factores; cuando veía en aquellos bailes correr el champaña como el agua de una catarata, no conocía lo que tras aquella manifestación de un bienestar momentáneo se ocultaba en lo no estudiado; y ahora me amarga como el acibar, el recuerdo de tanta suntuosidad aparente, que ocultaba la verdad triste de la situación. Cuando conocí la condición del empréstito, quisiera devolver el poco champaña que bebí, ya que esa manifestación al visitante cuesta un siglo de sacrificios a la generación que ha de sucedernos.

Con qué tristeza veo aquel derroche, cuando los caminos no existen, las riquezas se venden por un abalorio, y aquella exposición nos enseña que todo aquello que constituye su riqueza, va paulatinamente dejando sólo los huecos, que son

ojos vacíos, ciegos que no ven, como lo son los del alma nacional, que no quiere ver cuál es el camino más recto para su desenvolvimiento, en todo nacionalista, y que no es sembrando odios, sino restañando heridas, estrechando afectos, para unir fuerzas que son necesarias para huir y salvarse del nuevo imperialismo, tanto más funesto cuando que de nada vale el valor y el sacrificio, porque está sujeto a los factores de producción, y estos dejarán de ser nuestros.

¿Quiénes trabajan los minerales? ¿Quiénes explotan los yacimientos de petróleo, que es otra de sus enormes riquezas? ¿Qué entradas tiene el fisco para nivelar sus presupuestos?

* * *

Ni la agricultura concede rentas, ni las concede el 90% de la población, que no es industrial ni comercial. Sólo cuenta Bolivia con dos buenas fábricas de calzado, una en Oruro, que ya no existe, y otra nueva, la más importante, de García Hnos. en La Paz. Una buena fábrica de cerveza, otra de fósforos no muy perfecta, una de tejidos de lana, y nada más. Las llamadas fábricas de clavos y de catres traen todo de fuera y sólo se arma o se forja la materia que se importa. No constituyen industrias nacionales.

Se basan por lo tanto los presupuestos en las entradas de importación y exportación que, según puede verse en las memorias, muchos años dejan déficit. Estos déficit se cubrieron con empréstitos internos.

Hoy tiene Bolivia:

Deuda Externa,	92.970,000
Deuda Interna.....	20.647.355
Deuda Flotante.....	14.217,489

127.834,844,

o sea un aumento de 65.743,289, sobre la cifra total en 1921

que era solamente de 62.091,555. En cuatro años tuvo un aumento de 106%.

* * *

Cuando visité la Exposición Internacional, que nada tiene de esto, porque en realidad la exposición debiera llamarse Chileno-Boliviana, pude convencerme de que sólo una unión inquebrantable, puede salvar a estas repúblicas del Pacífico.

A Chile le faltan productos del Perú; a éste productos de Chile, Bolivia, mientras no disponga de capitales y brazos para su agricultura, necesita de muchos productos de Chile. La industria chilena puede llenar miles de renglones que llenan Francia, Estados Unidos y la Argentina.

Los vinos que en Bolivia se venden son franceses, y Chile tiene para satisfacer todas sus necesidades y la instalación que allá lució ha sido para Bolivia una verdadera revelación. Harinas, conservas, calzado, camisas, toda clase de ropa, muebles, catres, etc., pueden tener allá fácil colocación, estudiando las tarifas que un tratado de comercio, de mutua conveniencia, puede ofrecer.

Los carbones, aun cuando se dice que existen, pueden llevarse no sólo para los ferrocarriles, sino también pueden servir de base para pensar en beneficiar sus minerales, y fabricar lo que por necesidad debe importar más tarde por un precio enorme, en relación al pequeño derecho del metal extraído y que vuelve manufacturado.

La exposición de La Paz es una lección a la hermana querida; tal vez el contemplar lo que Chile tuvo que hacer para ir emancipándose «en parte» de tutela extraña, pueda influir en su modo de sentir, porque existe un sentimiento de afecto hacia nosotros, más que hacia otros que hoy la lisonjean, con una afectación que contrasta con la severidad y altura de la embajada cultural que, diciendo la verdad de los propósitos de Chile, ha pulverizado todo el artificio de ocultos egoísmos y no menos interesada adulación.

Estamos en un momento histórico de una importancia enorme para la paz de este continente; si sabemos aprovechar y conseguimos prever antes que remediar, será fácil tener aliados en vez de enemigos consolidar nuestra fuerza en el Pacífico, y crear una confederación, que ha de pesar en todas las doctrinas y en todos los panes, que si se hacen con la harina nuestra, se amasarán y se cocerán exclusivamente en nuestros propios hornos.

Bolivia, Perú, Chile, tres naciones distintas y una sola entidad; sea ese el único lema que en el futuro se enseñe en las cátedras de todos sus centros de enseñanza. Necesitamos muchos brazos para atender lo nuestro; sería criminal restar fuerzas creadoras, que nuestras riquezas reclaman, para entregar estas a brazos extraños, Ojalá que el Premio de la Exposición de «La Paz» sea concedido a los que laboran construyendo, a los que riegan la tierra con gotas de sudor, que es el fertilizante más necesario, y dejar que la sangre secunde, para afianzar el poder como familia, como pueblo y como Nación. Si la Exposición de La Paz, consiguiera ese triunfo, bastaría para inmortalizarla.

Ex - Libris

MESOPOTAMIA. LAS CIVILIZACIONES BABILÓNICA Y ASIRIA. Editorial Cervantes, Barcelona, 1925.

No tenemos necesidad de exponer una vez más la importancia de la Biblioteca de Síntesis Histórica *La Evolución de la Humanidad*, que dirige el ilustre profesor Henri Berr y en la que colaboran los más sólidos prestigios de las Universidades europeas.

Acabamos de recibir el tomo VIII de esta Biblioteca. Lleva por título «Mesopotamia. Las civilizaciones babilónica y asiria», y su autor es el insigne orientalista L. Delaporte, profesor del Instituto Católico de París, que con este libro se revela digno de la fama de que goza.

Se trata de un estudio profundo de las instituciones que nos legaron Babilonia y Asiria, hecho por un especialista que ha descifrado los textos y descorrido el velo que cubría misteriosamente muchos valores de aquellas civilizaciones remotas.

Esta obra ofrece a los estudiosos una exposición muy completa de los trabajos y recientes descubrimientos de los orientalistas. Sin sobrecargar el texto con detalles inútiles, el profesor Delaporte nos traza del mundo babilónico, un cuadro preciso y exacto, tan preciso y exacto como lo permite la documentación conocida.

Sabido es que Babilonia nos legó una civilización original que, al lado de la egipcia, es la más antigua y notable del Oriente. Por eso resulta tan interesante y tan necesario a la par el estudio de sus instituciones y el de las soberbias creaciones de este arte asiático, sensual, voluptuoso, de proporciones tan colosales.

En este volumen se habla de las crueles guerras de los asirios, de las ciudades de Marduk, de Istar y de Asur, de los jardines colgantes de Babilonia, de los palacios de los Sargónidas y de Nabucodonosor, que prestaron su marco grandioso e inhumano al despotismo sanguinario y voluptuoso. Las leyendas que han dado la explicación imaginativa de las cosas y que han contribuido a regular las costumbres de los hombres génesis del Mundo, victoria de la luz sobre el caos, el paraíso perdido, el Diluvio, se deben a los babilonios, así como el cálculo, la escritura y la cosmología, fecundas invenciones mesopotámicas.

JERUSALÉN EN DALECARLIA por *Selma Lagerlof*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1925.

El quinto volumen de la Colección Cervantes, como los dos primeros corresponde a Selma Lagerlof, la escritora sueca bien conocida y hasta estudiada en Chile.

Al concederse a Selma Lagerlof el premio Nobel, sus novelas fueron traducidas a todos los idiomas. Como siempre, el castellano fué uno de los últimos en recibir en sus vasos los originales suecos. Afortunadamente, la Editorial Cervantes emprendió al cabo esta obra reparadora, que le agradecen manifiestamente los lectores, a juzgar por los cincuenta mil ejemplares que los editores anuncian como vendidos de las obras de la ilustre sueca.

El volumen que acaba de aparecer es *Jerusalén en Dalecarlia*, novela fantástica y profunda, mística y humana, impresionante y sencilla, acariciadora y trágica. Sus personajes son campesinos de exaltada religiosidad, honrados, justos y temerosos de Dios. La acción se desarrolla en Dalecarlia, país de dulces leyendas y milagrerías. El ambiente de la novela tiene toda la frescura de una clara fuente rústica, y todo el esplendor de la vieja provincia sueca.

Libros recibidos

- ENRIQUE MOLINA.—*Por los Valores Espirituales*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1925.
- ALBERTO PALCOS.—*La Vida emotiva*. Buenos Aires.
- FRANCISCO ISERNIA.—*Vuelo* (poesías). Ediciones de «Nosotros», Buenos Aires, 1925.
- JYOTIS PRACHAM.—*La Ciencia Unica. Sendero de Salvación*. Biblioteca Orientalista, Barcelona.
- J. FERNANDO CARBONELL.—*La Música y el Mundo Interior*. Publicaciones del Instituto de Eubiosis, Montevideo.
El cultivo de la superioridad desde la cuna. Flores Chans y Cia., Montevideo.
El vegetarianismo Teórico y Práctico. Librería Sintés. Barcelona.
El vegetarianismo integral único régimen eubiótico. Claudio García, Montevideo.
Conferencia sobre los Fundamentos de la Eubiosis. Tip. Cladera, Montevideo.
Retribución al Maestro Laico. Montevideo.
- JOSÉ LINO MOLINA.—*Ennoblezcamos la Escuela Primaria*. Imp. Nacional, San Salvador.
- PEDRO PABLO MORENO.—*Pluma y Verbo* (artículos varios). Imp. Nacional, San Salvador.
- RAFAEL REYES.—*Vida de Mozarán*. Imp. Rafael Reyes, San Salvador.
- DAVID J. GUZMÁN.—*Comentarios sobre Instrucción Cívica y Moral Práctica y Social*. Imp. Nacional. San Salvador.
- SANTIAGO I. BARBERENA.—*Historia Antigua y de la Conquista de El Salvador*. Imp. Nacional, San Salvador.
Historia de El Salvador. Epoca Colonial. Imp. Nacional. San Salvador.
- RAFAEL REYES.—*Nociones de Historia de El Salvador*. Imp. Rafael Reyes, San Salvador.
- FRANCISCO GAVIDIA.—*Historia Moderna de El Salvador*. Tomo I, Volúmenes I y II. Imp. Meléndez, San Salvador.
- MODESTO BARRIOS.—*Memoria del general Manuel José Arce* (comentada). San Salvador.
- JORGE LARDÉ.—*El terremoto del 6 de Septiembre de 1915 y los demás terremotos de El Salvador*. Edic. de la «Revista de Enseñanza», San Salvador.

- ATILIO PECCORINI.—*Conferencias sobre la Civilización de los Mayas y las Ruinas de Copán*. Imp. Nacional, San Salvador.
- ARTURO ATRIA.—*Profilaxis del Sarampión*. Imp. y Lit. «La Ilustración», Santiago de Chile.
- JOSE ANTONIO CEVALLOS.—*Recuerdos Salvadoreños*. Tomos II y III. Imp. Nacional, San Salvador.
- SOUTH AMERICAN PUBLICATIONS LTD.—*Anuario Internacional Ibero Americano 1925-1926*. Londres.
- DR. DAVID J. GUZMÁN.—*Vade-Mecum del Orador Salvadoreño*. Filosofía del arte oratoria. Imp. Nacional, San Salvador.
- VIRGILIO FIGUEROA.—*Diccionario Histórico y Biográfico de Chile*. 3.^a entrega. Imp. «La Ilustración», Santiago de Chile.
- JUAN MANUEL COTA.—*Poemas Heroicos*. Arnoldo Moen. Buenos Aires.
- Report on Higher Education in The tate of New York*. University of The State of New York. Albany, 1925.
- ALFONSO F. RAMÍREZ.—*Los Rosales en Flor* (poemas). México.

Periódicos, Revistas y otras publicaciones

- Atlas Escolar de El Salvador*.—Compilación de Pedro S. Fonseca, Presidente del Consejo Técnico de Instrucción Primaria. El Salvador.
- La Escuela Salvadoreña*.—Revista del Ministerio de Instrucción Pública. San Salvador, Junio de 1925.
- Recordatorio Patriótico*.—Recopilación del Doctor don Alfonso Quiñonez Molina, dedicada a las Escuelas de El Salvador.
- The World To-morrow*.—Vol. VIII, N.º 11, Noviembre 1925.
- Repertorio Americano*.—San José de Costa Rica. Tomo XI, números 7 y 8.
- Boletín de la Secretaría de Educación Pública*.—México. Septiembre 1925, Tomo IV, N.º 6.
- Actualidades*.—Revista mensual de Ciencias, Arte y Literatura. San Salvador. Octubre de 1925. Año VIII, N.º 85.
- Acción Socialista*.—Buenos Aires. Año III, N.º 9. Octubre 1925.
- Dios*.—Revista Filosófica, México. N.ºs 11 y 12, Julio y Agosto de 1925.
- Acción Universitaria*.—Publicación mensual de actualidad y política universitaria. Buenos Aires. Año II, N.º 13, Agosto de 1925.
- Natura*.—Revista de naturología. 3.^a Epoca, Tomo II, N.ºs 1 y 2, Junio y Julio de 1925. Montevideo.

GLOSARIO DE REVISTAS

Panait Istrati

He aquí un nombre bien nuevo en la literatura universal. Sin embargo de lo reciente de su «nacimiento» a esa vida, llena páginas de muchas revistas y preocupa a hombres de muy diversas razas y lenguas. Veamos por qué.

Panait Istrati no es propiamente un escritor; mucho menos aún, un literato. Es nada más que un hombre que ha sufrido mucho y que cuenta ahora, en un idioma tal vez rudo y áspero pero lleno de una ardiente sinceridad, sus sufrimientos y sus ensueños. Su historia es tan extraordinaria que bien merece algunas líneas.

Dejemos que Romain Rolland nos cuente ese doloroso romance, tal como él lo ha conocido en forma bien directa y precisa:

«En los primeros días de Enero de 1921—escribe el autor de «Juan Cristóbal»—me fué transmitida una carta del Hospital de Niza. Había sido encontrada sobre el cuerpo de un desesperado que acaba-

ba de cortarse la garganta. Se tenía pocas esperanzas de que sobreviviese a la herida. Leí la carta y me sentí impresionado por el tumultuoso genio que ella revelaba. Un viento ardiente sobre la llanura. Era la confesión de un nuevo Gorki de los países balcánicos. Se acertó a salvarlo y yo quise conocerlo. Una correspondencia nos anudó. Nos hicimos amigos.

Se llama Istrati. Nació en Braila, en 1884, de un contrabandista griego a quien no conoció nunca, y de una campesina rumana, una admirable mujer que le consagró la vida. A pesar de su afecto por ella, la dejó a los doce años, empujado por el demonio del vagabundaje o más bien por la necesidad devorante de conocer y de amar. Veinte años de vida errante, de extraordinarias aventuras, de trabajos extenuadores, de andanzas y de penas, quemado por el sol, calado por la lluvia, sin albergue, acosado por los guardias de noche, hambriento, enfermo, poseído de pasiones, presa de la mise-

ria. Desempeña todos los oficios: mozo de bar, pastelero, cerrajero, mecánico, jornalero, descargador, pintor de carteles, periodista, fotógrafo. Se mezcla durante un tiempo a los movimientos revolucionarios. Recorre el Egipto, la Siria, Beirut, Damasco y el Libano, el Oriente, Grecia, Italia, frecuentemente sin un centavo, escondiéndose una vez en un barco donde se le descubre en el camino y de donde se le arroja a la costa en la primera escala. Vive despojado de todo, pero almacena un mundo de recuerdos y engaña muchas veces su hambre leyendo vorazmente, sobre todo a los maestros rusos y a los escritores de Occidente.»

Entre esos escritores de Occidente, al que le ha servido de Juan Bautista en su nacimiento a una nueva vida, el mismo autor de las líneas anteriores, Romain Rolland. Por él sentía Istrati una profunda admiración. La carta que le había escrito y que fué encontrada en su cuerpo de suicida frustrado, la revela sobradamente. En el prólogo de su obra «Kira Kyralina», que le ha valido soberbios elogios de la crítica universal, se refiere también a Romain Rolland en términos de calurosa y agradecida simpatía.

La literatura de Panait Is-

trati es un hecho nuevo, un fenómeno inusitado en el mundo moderno. Su obra rebasa las vallas de la perspectiva, las limitaciones del estilo, las formas consagradas de cualquier especie que ellas sean. La moral de hoy, todos los conceptos que animan al hombre, sufren en sus relatos o una revisión o un cambio completo en la faz bajo la cual son considerados. Panait Istrait es por eso él solo una escuela y una técnica nuevas.

Se ha dicho de él que es suprarrealista, al modo de los jóvenes escritores franceses que se cobijan bajo esa enseñanza. Otro crítico ha dicho que la obra de Istrati le parece la revelación de un nuevo Job, por lo bíblico de su lengua, por el formidable poder de su revelación. Sea como fuere, la aparición de este hombre en el tablado de la literatura universal representa una conmoción profunda, acaso una revolución inesperada.

Y se explica que así sea, si se tienen presentes las palabras de Romain Rolland: «el tumultuoso genio» de Istrati, y se recuerdan las metamorfosis que ese hombre ha sufrido en su existencia, los tumbos de su vida errante, los padecimientos de su alma, abandonada a todos los azares de las horas.—S.

La fisonomía moral de Dostoyevski

Un hecho que en el primer momento pudo haber sido solamente motivo para unas cuantas líneas de una información menuda cualquiera de los diarios, ha permitido conocer la verdadera fisonomía moral de Dostoyevski. En efecto, en un Banco de Moscú los bolcheviques encontraron hace algunos meses diversos papeles referentes al autor de «Crimen y Castigo». Por esos documentos se ha venido a conocer, como a través de un prisma insospechado, la vida de Dostoyevski.

La importancia que tiene este hallazgo es enorme. Hasta el momento los críticos habían presentado un Dostoyevski muy distinto del que hoy vemos. Procedían de buena fe, sin duda; pero sus fuentes de información eran deficientes. ¿Qué relación hay entre los personajes dostoyevskianos y el autor? ¿Hasta qué punto contenían rasgos de su vida las de tales hombres, monstruosos o desgraciados desde el punto de vista moral? Estas son las principales interrogaciones que encuentran respuestas merced al hallazgo de los aludidos documentos.

Lunacharski, el conocido comisario de educación ruso, ha ordenado la publicación de los papeles inéditos que vienen

a darnos una nueva visión del genial escritor. Entre esos papeles hay varios cientos de cartas de carácter muy íntimo y por lo tanto guías muy seguras sobre las peculiaridades que más interesa conocer en Dostoyevski. Hay también páginas de diarios llevados por el autor con cierta irregularidad pero que ofrecen importante materia de estudio.

Del examen de estos documentos, efectuado por diversos críticos europeos, se desprende que la figura de Dostoyevski se libera de los viejos tópicos que hasta ahora la habían ceñido. No es el autor de «El eterno marido» ese hombre evangélico, candoroso y humilde que nos han querido presentar con rara unanimidad. En cambio hay en los hechos de su vida una extraña similitud con aquellos que atribuye a algunos personajes de sus obras, como Stravrogin, en «Los endemoniados», Svidrigailov, en «Crimen y castigo», y otros. Y para el lector de Dostoyevski no será un misterio que las vidas de estos hombres fueron pintadas por aquél con caracteres bien siniestros, trágicos y míseros.

En cierto modo Dostoyevski fué a la literatura a confesar las faltas de su vida. Tenía para ello una necesidad íntima e inalienable, especie de sublimación del arrepentimiento que en esa alma vertiginosa presen-

taba aspectos morbosos que confinan con la psicología patológica. Los papeles encontrados permiten afirmar tal hecho, algo duro y difícil de admitir si se tiene, como todo el mundo tiene, la visión de un Dostoyevski puro y acosado por la desgracia.

Es cierto que la vida no le trató en forma muy apacible, pues además de los quebrantos monetarios que le tuvieron muchas veces sumido en la miseria, tuvo también reveses amorosos de importancia. Se ha venido a saber ahora, por ejemplo, que «El eterno marido» es una novela poco menos que autobiográfica. Dostoyevski se casó en primeras nupcias con María Dimitrevna, viuda de un maestro de escuela provinciano, al cual también engañaba... Y lo más curioso es que le engañaba con el mismo hombre que la haría ser infiel a la palabra jurada a Dostoyevski. Todos estos datos fríes, agobiadores, los sabemos gracias a la acuciosidad implacable de Liuba Dostoyevski, hija del novelista y de la segunda mujer de éste. Ana Grigorievna. En «El eterno marido» el retrato de María Dimitrevna corresponde a Matilde Vasilievna: una mujer rubia, hermosa, esbelta, de estatura mediana pero de aspecto interesante y pasional.

Hasta aquí el novelista aparece en gran parte como

una víctima, como un ser digno de lástima por las desdichas que marcaron su vida. Pero los papeles inéditos a que nos venimos refiriendo nos dicen que fué además un hombre cruel, egoísta y de humor colérico. No sólo fué desgraciado, sino que también hizo desgraciados a cuantos vivían junto a él y aún a muchos de sus amigos y conocidos. Las revelaciones contenidas en los papeles que se han comenzado a publicar en ruso y en alemán nos cambian, pues, enteramente la faz moral del genial escritor. Esperamos conocerlos más directamente para informar con mayor precisión al público de «Atenea» sobre asunto que por referirse a tal personalidad tiene tan apasionante importancia.—S.

Cómo vivir de la pluma

Esta vieja cuestión que en todo tiempo ha preocupado a los intelectuales en estos últimos años,—años difíciles por cierto—ha sido de nuevo puesta en actualidad en Francia.

Numerosas son las revistas últimas llegadas de París, en las que se trata una forma u otra este asunto; pero queremos referirnos únicamente a una última encuesta que conocemos a este respecto y que ha sido formulada por Pierre Bonardi a varios intelectuales de prestigio. Las preguntas dirigidas

por Bonardi son las siguientes:

«¿Cómo consiguió usted la dignidad de su vida material, antes que la literatura le bastase? ¿Cómo consiguió librarse de todo lo que no era literatura, o *por qué no se ha librado usted?* ¿Qué consejo le daría al joven pobre que se cree capaz para la carrera, pero no sabe como penetrar en el estado?»

Es de reconocer, y ya lo ha hecho el autor de la encuesta, que las primeras preguntas son un tanto indiscretas y por lo mismo no era de esperar que pudieran ser contestadas de buenas a primeras sin circunloquios ni reticencias. Por otra parte, cabe pensar si valdría la pena considerarlas y si algún interés pueden tener para los noveles las respuestas dadas en esa forma, aún cuando vengan de los escritores llamados mayores.

Con estas consideraciones, nos limitamos sólo a transcribir las repuestas dadas a la tercera pregunta.

Alejandro Arnoux dice:

«Soy partidario decidido de lo que se ha llamado el otro oficio. Me parece imposible, al menos hasta cierta edad, vivir puramente de literatura. Pienso también que es bueno estar en contacto con los demás hombres y vincularse a la sociedad por un sólido lazo. A un joven que se siente capaz para

la carrera le aconsejaría tener una profesión, distanciada de las letras, si es posible, para que no haya mezcla ni confusión en su pensamiento. Un oficio manual sería preferible, y yo he lamentado muchas veces no haberlo aprendido; los hay excelentes, limpios e interesantes; un hombre puede ganarse la vida con ellos y reservarse días de holganza intelectual.»

Michel Corday, *Henri Duvernois* y *Charles Géniaux*, con muy poca diferencia, opinan otro tanto. *Romain Rolland*, que no colabora en la encuesta, ya había opinado que el arte, para ser tal, debe apoyarse en un trabajo profesional cualquiera.

Edmond Haracourt:

«A todo adolescente le es fácil creerse favorecido por las hadas y lleno de un genio latente; pero si verdaderamente quiere llevar a cabo la obra que cree llevar en sí, que haga de su vida dos partes: una para el ensueño y otra para el pan. Así asegurará, en detrimento de su libertad material, su independencia espiritual y la dignidad de su vida. No teniendo que ser proveedor asalariado de la moda, quedará como único dueño de sí mismo, y nadie hace nada bueno más que cuando trabaja para sí, según su conciencia, y no según el gusto de los demás.»

Decidle al joven pobre que asegure su pan cotidiano y se entregue después al goce solitario de escribir lo que piensa o lo que siente, pero de escribirlo para sí. Si realmente tiene algún valor, lo sabrá al cabo de diez años; mas para aguardar al décimo año, el mejor medio es comer todos los días.»

Henri Béraud:

«Lo que aconsejo a los jóvenes escritores es vivir intensamente, mezclarse entre los hombres, observar con pasión, escuchar, leer, escribir, escribir veinte horas diarias mientras tienen fuerza; y los conjuro a apartarse de los snobs marchitos y de las flores enfermas. Les digo, simplemente, que en arte, todo lo que no es humano ni viviente, no es nada. Los que comprenden esto y no se desaniman por la verdadera dificultad del oficio de las letras: *aprender a parecer natural*, esos no deben temer al porvenir.»

Jean Ajalbert aconseja a los jóvenes que afronten todos los peligros, con esfuerzos heroicos, lejos de los diarios, de los premios y de las camarillas de París, siempre que tengan país,

empleo y la voluntad de triunfar sólo por sus obras.

Paul Brulat dice:

«Si tenéis una vocación real, trabajad, haced vuestra obra a pesar de todo. Poned en ella todo vuestro amor, toda vuestra conciencia y vuestra probidad. En cuanto a la justicia literaria, si existe, es prudente no esperarla sino de un lejano porvenir.»

J. H. Rosny (mayor) y *Marcel Prévost* no aconsejan nada. *G. de la Fourchardière* opina que «Los consejos de los mayores no pueden contribuir en nada al éxito de los jóvenes».

«En el siglo de los premios literarios—creedlo—la mejor manera de asegurarse la dignidad de la vida material, es no hacer literatura.»

Por último, *Willy*, dice:

«Que los jóvenes pobres se dediquen a la salchichería o a la pintura o a la agricultura, que, al parecer, necesitan brazos. En literatura no faltan pies.»

De todo esto se deduce al fin que la literatura es el peor de todos los negocios, y que es más fácil llegar a ser un buen escritor trabajando como sastre que siguiendo el camino de la literatura.—P.